

# LOS AMIGOS DE JESUS

**Juan Bautista**  
**Los Primeros Discípulos**  
**Pescadores**  
**Marineros**  
**Bartimeo**  
**Zaqueo**  
**Lázaro**  
**Nicodemo**  
**El Discípulo Amado**  
**Tomás**  
**Simón Pedro**

## **JUAN BAUTISTA**

En los vados del Jordán, en el año 28 de nuestra era, había un hombre que gritaba: "Convertíos. El Reino de Dios está cerca". Era Juan el Precursor.

El vestido de Juan era un cuero de camello. Su alimento, langostas y miel sacada de las colmenas que las abejas hacían en las rocas, nunca probaba el vino ni la sidra, (Lc 1,15; 7,33) su morada normal era el desierto.

El desierto antiguamente era el lugar favorito para la experiencia de Dios: allí, en la soledad más absoluta, desasido de las preocupaciones cotidianas, el corazón del hombre percibía los ecos de la voz de Dios. Para Israel el desierto evocaba el período de su historia cuando dependía sólo de Yahvé para comer y para beber, para alabar y para vivir. Todo era incierto en esa época, menos el amor de Yahvé.

Con piedras y arena construyen los hombres sus viviendas, pero a nadie le gusta vivir rodeado de arenales, sino de árboles y de frescura. Sin embargo Juan había optado por vivir en el yermo, desde su juventud. Allí levantaba la voz para gritar que prepararan un camino al Señor, que enderezaran los senderos y que allanaran las rutas tortuosas. (Mt 3,2-3)

Al desierto no van los hombres sino de paso. Sin embargo, alrededor de Juan se congregaban muchedumbres. El le dio vida al desierto. Allí montó su cátedra, allí abrió la universidad, en donde impartía su doctrina. Allí luchó Juan: la tierra árida y rocosa, la convirtió en arena de combate, en palestra.

El desierto fue para Juan, lugar de penitencia, sitio de ayunos y de austeridades, porque para vestirse de sedas, vivir en deleites y ser endeble como una caña que doblega el viento no es buena la aridez de un erial sino los palacios de los reyes. (Lc 7,24-26)

Bordeando el desierto de Judá, lindando con las últimas dunas, pasa el río Jordán. Hasta sus orillas llegaba Juan a bautizar, en Betania o en Enón, junto a Salim. (Jn 1,28; 3,22-24) Las gentes se adentraban en el río y Juan les bañaba con agua las frentes para indicar con ello la conversión de los pecados. (Mt 3,6) Era un baño de agua, preparación del que un día recibirían los cristianos con Espíritu Santo y con fuego.

Como Juan bautizaba, la gente lo llamaba "El Bautista". Los cristianos denominaron a Juan como "El Precursor". Esta voz significa: "el que corre delante", porque la vida de Juan fue un pasar delante de Jesús, proclamando su venida: anunciado antes que Jesús, nació antes, predicó antes, bautizó antes, antes fue encarcelado y antes debió morir. El Precursor iba siempre preparando los caminos al Señor. (Mt 11,10; Lc 1,17-76; Jn 1,15) Todavía hoy, siempre que Cristo llega a cualquier lugar le precede el espíritu de su Precursor. "El es el heraldo de todas las parusías". Por eso predicó alguna vez Orígenes:

"Creo que el misterio de Juan sigue renovándose en el mundo. Para que alguien crea en Cristo Jesús es necesario que antes el Espíritu y la virtud de Juan se hagan presentes en su alma, para preparar al Señor un pueblo perfecto y allanar las asperezas de los caminos del corazón y enderezar sus senderos. Este espíritu de Juan sigue precediendo todavía la llegada del Señor Salvador".

#### Nacimiento de Juan

Ain Karim es un pueblito de Judea, en las montañas, unos 6 kilómetros al oeste de Jerusalén. Allí vivían Zacarías, sacerdote, y su esposa Isabel. Ambos eran justos y caminaban sin tacha en los senderos de Yahvé. En su hogar no había hijos. (Lc 1,5-7)

Un día, cuando Zacarías ejercía en Jerusalén el oficio de sacerdote, se le apareció el ángel Gabriel y le anunció que tendría un hijo, a quien llamaría Juan. El Sacerdote dudó de la visión y de las palabras del ángel. Como los sacerdotes de todos los tiempos, el no creía en visiones. Debía ser muy prudente, tener los pies puestos en tierra y no aceptar con rapidez el carisma de una visión o de una revelación. El sabía, por haberlo estudiado en los libros sagrados, que antiguamente se daban revelaciones, pero eso era antes. Por eso optó por dudar. Máxime que él y su mujer eran avanzados de edad, y no estaban ya para criar muchachitos. Prefirió pues, no creer y no proclamar las maravillas del Señor, y resultó mudo. Igual cosa ha sucedido a muchos que prefieren callar prudentemente en vez de anunciar cuanto en ellos hace Dios.

Cuando Zacarías salió el santuario, los fieles se admiraban de que no pudiese hablar. La gente como que espera siempre que quien ha estado ante el Señor pueda compartir con los demás cuál ha sido su experiencia espiritual. Similar extrañeza debió sentir Isabel, cuando su esposo regresó al hogar y sólo mediante la escritura le comunicó lo que había pasado. Pero, cuando algunos meses después se dieron cuenta de que las palabras del ángel se iban a cumplir, su admiración y su gozo debieron ser grandes.

Más de seis meses habían pasado desde aquel suceso cuando Isabel recibió una visita extraordinaria: una de sus primas, María, llegó a Ain Karim. La criaturita que se estaba gestando en las entrañas de Isabel saltó de alegría, de modo tan gozoso, que a la madre se le iluminó el corazón, y llena de Espíritu Santo proclamó las alabanzas de María, y ésta, a su vez, proclamó las maravillas del Creador. Tres meses más tarde nació un niño. El y su madre habían sido los primeros en recibir la visita de María y de Jesús. Era como si el arca de la Nueva Alianza hubiese llegado hasta la casita de Isabel.

Cuando el hijo de Zacarías y de Isabel nació, muchos querían llamarlo con el nombre de su padre, pero en una tablilla el sacerdote mudo escribió: "Juan es su nombre". Entonces recuperó el habla y se puso a bendecir al Señor con himnos proféticos, que el Espíritu Santo le regaló carismáticamente, (Lc 1,67) y todos los que vivieron estos sucesos tuvieron mucho gozo. (Lc 1,14)

El nombre de Juan significa: "Yahvé es favorable". De veras que Dios le fue favorable a ese niño. Lo escogió como su profeta, el mayor de los profetas, el mayor de los nacidos de mujer en toda la Antigua Ley. (Mt 11,9-11) El sería el encargado, como profeta del Altísimo, de anunciar al pueblo la salvación y el perdón de los pecados, y de preparar los caminos del Señor. (Lc 1,76-77)

Juan es el primer primo de Jesús de que habla el evangelio. Aunque ligado a María, no parece que hubiera conocido a Jesús en su infancia, (a pesar de que muchos pintores representan a los dos niños jugando con corderitos) pues, mientras Jesús debió huir con sus padres a Egipto y luego radicarse en Galilea, Juan al crecer y fortificarse se adentró en el desierto de Judá. (Lc 1,80)

#### Predicación de Juan

Así llegamos al año 28 de nuestra era, según cálculos de muchos historiadores. En Roma gobernaba el César Tiberio, en Judea la autoridad civil la ejercía Poncio Pilato, y en las provincias vecinas, llamadas "tetrarquías", estaban en el poder Herodes, Filipo y Lisaniás. Los sumos sacerdotes del templo de Jerusalén eran Anás y Caifás. Fue cuando la Palabra de Dios llegó sobre Juan. Sobre él siempre había estado el poder del Señor, pero ahora venía a darle una misión especial. (Lc 1,66; 3,1-2)

Era Dios quien lo enviaba a predicar y a dar testimonio de la luz. (Jn 1,6-8) La vida de Juan habría de ser muy corta, pero ella sola llena "una edad en la historia de la salvación". Esos años son como la corona del Antiguo Testamento.

Juan comenzó a clamar. El aire del desierto le daba un acento extraño a su voz, el sol le tostaba la piel y le quemaba el cabello, y el fuego de Dios le quemaba el espíritu. Era extraño el escenario de su predicación: las rocas áridas de un lado y del otro el cauce del río. Allí Juan decía: Haced frutos de conversión. Vosotros sois raza de víboras, aunque os presentáis como hijos de Abraham. Si Dios necesitase hijos de Abraham, de las piedras del desierto los podría crear para cumplirle las promesas al patriarca. Vosotros sois como un tronco seco y estéril, bueno para que lo tumben a hachazos y lo arrojen al fuego. Si no os convertís, no huiréis del juicio, pues el juez vendrá y separará el grano de la paja, y a ésta la quemará en hoguera formidable. (Mt 3,7-12) Así le preparaba Juan los caminos a Jesús con la predicación, con el ejemplo y con el bautismo.

Ante Juan llegaban las multitudes y él les aconsejaba ser generosos con los pobres, llegaban los cobradores de impuestos y les decía que no se excedieran ni robaran, llegaban los soldados y les urgía a que no fueran violentos ni calumniadores ni codiciosos. A todos los invitaba sumergirse en el agua. Las ondas del Jordán como que limpiaban las conciencias y se llevaban los pecados de todos los hombres hasta las marismas del Mar Muerto

Juan no sabía callar. Aún al Rey Herodes le recordó un día que no le era lícito convivir con la mujer de su hermano. (Mt 14,3-4; Mc 6,18) El fuego de Yahvé consumía a Juan, le quemaba las entrañas. El no podía enmudecer sino con la muerte. El no viviría nunca la mudez de su padre, Zacarías.

Un día, ante Juan que bautizaba y clamaba en el desierto (Lc 3,4-6) llegó Jesús. Al verle, Juan exclamó "¿cómo es que tú vienes a mí, si yo soy el que necesita ser bautizado

por ti?". (Mt 3,13-15) Porque Juan podía ser duro consigo y con los demás, podía blandir su voz como si fuera una correa que chasqueara contra la hipocresía de los fariseos, pero era un hombre humilde. Muchos le habían preguntado, queriendo tentar u honrarle, que es casi lo mismo: "Dinos, quién eres ¿El Mesías? ¿El Profeta Elías? ¿El que ha de venir? ¿Con que autoridad hablas y actúas?".

De los labios de Juan no salió una palabra altiva.

Otros serán los que lo ensalzarían al llamarlo profeta, antorcha que ardía y alumbraba (Jn 5,35) testigo de la luz, (Jn 1,8) lleno del Espíritu y grande delante de Dios (Lc 1,15) o Maestro. El sólo decía: "Yo no soy ese que vosotros decís, yo no soy digno de desatar las sandalias del Mesías, postrándome ante él; yo apenas bautizo con agua pero vendrá quien bautice con Espíritu Santo; yo apenas soy la voz que grita, soy un murmullo, pero vendrá la Palabra después; yo, aunque comencé antes, voy a pasar después, porque quien tras de mí viene es mayor que yo; yo soy apenas una antorcha, anunciadora de la luz; yo apenas soy el novio, el paraninfo, pero me he de alegrar cuando aparezca el esposo; conviene que yo comience a menguar, para que quien venga luego, pueda crecer como si fuera un astro que camina hacia el cenit". Así fue Juan el que desengañó al pueblo de sus vanas expectativas y lo centró en el verdadero Cristo. (Lc 1,77; 3,15)

Juan era como una antorcha encendida en el sol de Dios, pero una antorcha que brillaba en el desierto sin querer subir a las cimas de la soberbia para que no la apagase el orgullo. Una antorcha que presagiaba el brillo de la nueva luz.

Juan llegó antes pero quiso pasar después, comenzó siendo maestro, pero terminó siendo discípulo, porque Maestro sólo hay uno, el Cristo.

Testimonio de Juan

Cuando Juan bautizó a Jesús los cielos se rasgaron. Ya, en adelante, quedarían así, como una puerta abierta a la comunicación de los hombres con Dios. Entonces el Espíritu Santo, cual si fuese una paloma, descendió sobre Jesús y permaneció sobre él. Juan lo vio. El había tenido el carisma de una Palabra de Dios y sabía que aquel sobre quien descendiese el Espíritu sería el bautizador en Espíritu Santo. (Jn 1,33-34)

Entonces Juan dio testimonio. Alzó la mano y señaló al Cordero de Dios, al Siervo de Yahvé que lleva en sus hombros los pecados del mundo. Este fue el servicio de Juan: discernir entre la muchedumbre la presencia de Jesús Mesías. Juan vino al mundo para comprometerse por Jesucristo, para verlo, para señalarlo, para manifestarlo ante Israel, (Jn 1,31) para decir que Jesús era el elegido de Dios. (Jn 1,34) Juan supo leer los signos de los tiempos y descifrarlos ante sus contemporáneos.

Juan es la mano del Antiguo Testamento extendida hacia el Nuevo Testamento. Los demás profetas denunciaron al Mesías, Juan lo señaló físicamente. El es el intérprete de toda la primera alianza, con su gesto se cierra la expectativa de Israel y se inaugura el Reino. Juan es el eslabón entre las dos alianzas, es el broche que une en un sólo manto real, para el Mesías, las esperanzas de los profetas y los anhelos de los discípulos.

Tras el anuncio, Juan encaminó sus mejores discípulos hacia Jesús. Primero Andrés y su amigo (Jn 1,40) luego muchos más. La comunidad de Juan fue la plataforma de lanzamiento del Mesías y de los primeros cristianos. Juan seguirá favoreciendo el diálogo y evitando aún desde la cárcel, los celos de sus seguidores con los discípulos de Jesús (Mt 11,2-3) muchos años después los últimos discípulos del Bautista se integrarían en la nueva fe. (Hech 19,1-6)

Tras el primer encuentro con Jesús, Juan continuó predicando y bautizando, enseñando a orar, llevando una vida austera, casi sin comer ni beber. (Mt 9,14: 11,18-19)

Jesús empezó peregrino por las ciudades de Israel. Eran dos caminos distintos, ambos trazados por el Espíritu Santo, el primero como boceto y el segundo como plenitud.

Juan, con su vida dio un bello testimonio acerca de Cristo. También Jesús hizo un bello testimonio de Juan, un espléndido panegírico y lo llamó profeta y el mayor entre los que hablan nacido de mujer.

El episodio final de la vida del Precursor fue en Maqueronte, la fortaleza que Herodes había levantado en las estribaciones de una montaña, sobre el Mar Muerto.

Juan le había reprochado al rey su conducta incestuosa, y éste le había encarcelado. Si el Bautista había sabido anunciar la salvación y la esperanza de Israel (Lc, 3,18) también sabía denunciar el pecado sin contemplaciones. Herodes ardía con los reproches del profeta y a la vez admiraba su rectitud. El rey vestido de púrpura le temía al profeta vestido de cuero. Pero llegó el cumpleaños del rey, y en el baile que le organizaron, Salomé, la hija de Herodías danzó de modo que Herodes locamente ofreció darle aunque fuese la mitad de su reino. Mas ella, aconsejada por su madre, se contentó como si fuera poco, con que en una bandeja le trajesen la cabeza del profeta. (Mc 6,14-29) Herodes no queriendo agraviar a Dios como perjuro, lo agravió como asesino. Cerca de 34 años debía tener el Bautista al morir. Su voz enmudeció, pero su espíritu continuó por doquiera abriendo los caminos al evangelio de Jesús.

Todavía hoy, la memoria de Juan, regocija a la Iglesia. Cada año la liturgia recuerda su nacimiento (24 de junio), su muerte (29 de agosto), su mensaje. (liturgia de adviento) El fue el hombre lleno de Espíritu Santo, el que tuvo la revelación del Mesías, el que dio testimonio de palabra, testimonio de vida y testimonio de sangre, el que allanó por doquiera los caminos a Jesús, el patrono y protector de todos cuantos llevan el mensaje de la Buena Nueva por el desierto del mundo moderno y anuncian un bautismo de Espíritu Santo y de Fuego.

## LOS PRIMEROS DISCIPULOS

En los evangelios hay dos narraciones del llamamiento que hizo Jesús a varios hombres para que se hicieran discípulos suyos y le siguieran.

En los sinópticos encontramos la llamada que hizo Jesús a cuatro pescadores, dos hijos de Zebedeo y dos hijos de Jonás, y a Leví-Mateo, cobrador de impuestos. Fue la llamada definitiva a comprometerse con él, a dejarlo todo. En Juan encontramos la llamada inicial a cinco discípulos, en circunstancias diferentes. Esta vocación primera que narra el cuarto evangelista debió servir como base para la que mencionan Mateo, Marcos y Lucas. de ella nos vamos a ocupar aquí, subrayando el testimonio que dieron acerca de Jesús quienes se fueron encontrando con él.

El evangelista Juan parece establecer un paralelo entre su libro y el del Génesis. Ambos comienzan con parecida introducción: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra". (Gen 1,1) "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios". (Jn 1,1)

El Génesis distribuye la obra creadora en seis días, y completa la semana con una jornada de descanso. Juan alude a siete días en los cuales los discípulos de Jesús fueron conociendo al autor de la Nueva Creación. Algunos pasajes, refuerzan el paralelo entre los dos libros inspirados.

El testimonio de Juan

Tras un prólogo sublime, que a su autor le ha valido ser comparado con un águila, por lo elevado de su vuelo y por su inspiración, el cuarto evangelista introduce la persona de Juan, el heraldo que gritaba: "Yo soy la voz de uno que clama en el desierto".

La voz de Juan precedía a la Palabra, al Verbo. Aquella era el sonido, ésta era el mensaje. Por eso confesó, y no negó. Por eso dijo: "No soy el Cristo, ni Elías, ni el profeta". Por eso sólo se hizo antorcha y no sol. Se bajó para que su luz no se apagara sin ningún soplo de soberbia. Conocía demasiado la Palabra de Dios, para que lo halagaran las voces aduladoras de los hombres.

Juan el Bautista ha sido llamado "el Precursor", porque, como indica éste término, corría delante del Señor. Nació antes, predicó antes, bautizó antes, murió antes. Su oficio fue abrir caminos, enderezar el sendero para Jesús.

Comenzó a vivir y a actuar antes que Jesús. Pero sabía que detrás de él venía alguien que le era anterior. Que su discípulo y su bautizado de un día, sobre quien bajara el Espíritu Santo, era el elegido de Dios.

Juan dio un testimonio. Dijo, en Betábara donde ejercía su ministerio bautismal, que no se creía digno de desatar la correa de los zapatos de quien no sólo daría un baño de agua, sino la efusión del Espíritu Divino.

El vio cómo se rasgaban los cielos y lo dijo como testimonio: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo", y lo volvió a repetir, ante dos de sus discípulos, al día siguiente.

Cordero es un bello nombre para Jesús. Ese nombre de Cordero evoca muchas realidades espirituales. Con razón que los cristianos del siglo primero lo empleaban frecuentemente, pues en el Apocalipsis aparece en 28 ocasiones, y nosotros lo cantamos diariamente en la celebración de la eucaristía.

El Cordero recuerda muchos pasajes bíblicos: El Cordero Pascual. (Ex 12)

Los Corderos ofrecidos a Dios en sacrificio diariamente. (Num 28,3-4; Lev 16,22)

El siervo de Yahvéh, silencioso cual Cordero llevado al matadero, cual oveja callada ante quien la trasquila. (Is 53,7,12)

El Cordero que marchaba a la cabeza del rebaño. (Cf. Ap 6,16; 7,17; 14,1-5; 17,14)

Los exegetas discuten sobre el sentido más apropiado. Algunos juzgan que las anteriores explicaciones quizá no encajaban dentro de la mentalidad contemporánea de Juan Bautista. Otros se inclinan por la hipótesis que atribuye al Precursor el haber usado la palabra aramea "Talya", que para el Bautista significaba: "siervo" y para el evangelista: "Cordero", pues ambos sentidos tiene esa voz. En caso de aceptar esta explicación el Bautista aludiendo al profeta Isaías, (42,1-4) nos quiso decir que ese Cordero de Dios, es decir ese siervo amado y escogido tendría como función quitar el pecado del mundo, destruir los pecados de los hombres, o llevar su peso y sufrir sus consecuencias. (Is 53,12) Dos oficios que realizó el Redentor: El se gibó con el fardo de las culpas de sus hermanos, pero con su muerte nos dio a todos vida, y destruyó así el reino del mal.

¿Donde moras?

Cuando Juan testimonió que Jesús era el elegido de Dios, (v. 34) el Cordero que destruye el pecado de los hombres, estaba con dos de sus discípulos. A ellos les mostró a Jesús. Levantando su mano, como si fuera la mano de todos los profetas del Antiguo Testamento, dijo: "Ese es". Por eso Juan es como el anillo que une las dos alianzas. Lo que en la primera estaba de modo latente, él fue el primero en verlo de manera patente. Juan abrió los ojos del corazón. Sus ojos limpios merecieron ver a Dios, en Jesús.

En el Génesis, Dios pasaba por el Edén para hablar con el hombre. Aquí Jesús pasaba, y Juan le vio y lo señaló. Fue entonces cuando dio la más bella lección a sus discípulos. El les había sensibilizado a la venida del Mesías, les había dicho: "Pronto vendrá uno más poderoso que yo, que bautizará en Espíritu Santo y fuego". El vocabulario que los discípulos de Juan, que se hicieron discípulos de Jesús, emplearon luego, denota que las doctrinas relativas al mesianismo les eran conocidas, y que Jesús encontró terreno abonado: los ecos de la "voz" de Juan, eran acordes con el sonido de la "Palabra" de Jesús.

Dos de los discípulos de Juan siguieron a Jesús. Fue el primer paso de un caminar largo, que desde el Jordán los llevó hasta la mañana de la resurrección. (Hech 1,22; 10,37)

Juan no tuvo dificultad en dejarlos partir. Debió sufrir en el corazón pero comprendió que él era solamente el amigo del esposo, y que le convenía menguar, mientras Jesús; se iba engrandeciendo. En esto el Precursor nos dio un ejemplo: Pablo lo repetiría más tarde. El único que es Maestro y que puede tener discípulos es Jesús. Todos los demás creyentes somos, entre nosotros, condiscípulos.

Aquellos dos hombres caminaron tras Jesús. Habían buscado un Mesías, lo hallaban ahora, y querían ir con él.

El Evangelio describe gráficamente cómo se realizó primer encuentro: como una persona siente que alguien la sigue, porque escucha los pasos del que viene detrás porque ve que una sombra se alarga y se mezcla con la suya propia, porque tiene la sensación de que en su espalda se clava la mirada del otro, así Cristo sintió que lo seguían, entonces tomándose dijo a quienes venían en pos de él: "¿que buscáis?".

Esa es la primera palabra que pronuncia Jesús, se el Evangelio de Juan. "¿Qué buscáis?" es la pregunta

Jesús hace a cualquiera que desea ser discípulo suyo tal pregunta, los hombres dijeron: "Maestro, ¿dónde moras?" Juan había dicho que Jesús era el Cordero; los discípulos le decían: "Maestro". Este es un nuevo y bello título para Jesús. Desde ese día se abrió la Universidad de Cristo. Se inició la inscripción de los discípulos.

Ellos dirían: "Maestro: Tú tienes palabras de Vida eterna. Maestro, quiero hacerte una pregunta Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante en la ley? Maestro bueno, ¿qué

debo hacer para obtener la vida eterna? Maestro, Rabbi, Rabbunni: y El: "vosotros me llamáis Maestro, y decís bien, porque lo soy". Y también: uno es vuestro maestro, el Cristo".

"Maestro, ¿dónde moras?Cuál es la dirección de tu casa, ¿por qué no nos invitas a conocerla? Nos interesa vivir contigo. En el Génesis Dios preguntó al hombre: ¿dónde estás? Acá el hombre le pregunta a Dios: ¿en donde moras? Ya el Espíritu Santo había venido sobre Jesús, y la lluvia espiritual empezaba a empapar el mundo ya se había presentado el Cordero que borraba el pecado, pero faltaba que los hombres se sintieran hermanos coherederos, conciudadanos, moradores de la casa Dios. Ahora los primeros discípulos intuían que podrían morar con el Hijo. Un día ellos y los que tras ellos vendrían le dirían al Señor: "ven a nuestro corazón, haz tu morada en nosotros, instrúyenos en lo más íntimo de nosotros mismos, Tú que eres el Maestro y que eres la Palabra". Pero ahora eran ellos, los discípulos de Juan, quienes iban a El, y deseaban, como dice el libro del Eclesiástico, "desgastar con los pies el umbral de la casa del hombre sabio". (Ecclo 6,36)

Habían buscado y encontraban. Habían tocado, y se les abría. Por eso Jesús les dijo: venid y ved.

Esa respuesta es muy arriesgada. Quizá nosotros un día debemos darla, cuando alguno que escuche nuestra palabra, quiera ver cómo tan bellas teorías se realizan: ven y ve lo que yo vivo, ven y ve cómo lo encarno en mi existencia, ven y ve lo que es atestiguar de palabra y experimentarlo momento a momento, ven y ve que mis discursos no salen de mi máquina de escribir, sino del laboratorio de mis compromisos. Venir y ver son dos verbos exigentes.

Quizá muchos discípulos no se inscriben hoy en la escuela de Cristo porque nadie los invita a venir, o porque si vienen, nada pueden ver. Los discípulos de Juan fueron y vieron dónde moraba, y se quedaron con El, el resto del día; entonces eran las cuatro de la tarde.

Toda la tarde, toda la noche se quedarían hablando con Jesús. Debía ser el mes de febrero o el de marzo, porque era poco antes de la Pascua. Tiempo de invierno en el hemisferio norte, cuando atardece pronto, y la gente se encierra en casa, y enciende la leña de la chimenea, para protegerse del frío. Así se quedarían ellos charlando con Jesús, oyendo su primera lección calentándose más que con el fuego de las brasas, con el calor de su Palabra. Habían ido y habían visto. Escucharon y descubrieron.

Se habían quedado desde las cuatro de la tarde. Después de muchos años recordarían todavía el gozo del primer encuentro, como lo hacen un par de amigos rememoran las circunstancias en que se conocieron; como recuerdan un par de esposos, ya ancianos, el día que se encontraron y se declararon su amor. Las cuatro de la tarde, según el horario de los antiguos, era la hora décima. Ese número sirve a los primeros comentaristas del Evangelio para decir que cuando la ley llegó plenitud de su cumplimiento, por la observancia de diez mandamientos, entonces apareció Jesús.

Los discípulos que se hicieron invitar por Jesús son dos. De uno de ellos no sabemos el nombre. Unos piensan que es el mismo discípulo amado, y que este Juan. Otros creen que es Felipe. Otros, finalmente, juzgan que toda identificación es mera hipótesis, y prefieren hablar del "otro" discípulo, sin más.

Simón Roca

A quien sí podemos identificar es a Andrés, pescador de Betsaida. De él se nos dice que lo primero que hizo fue ir a buscar a Simón, su hermano, para decirle encontré al Mesías, y para invitarlo a conocer a Jesús.

En el Génesis, Dios preguntó a Caín, ¿dónde está tu hermano Abel? En el Evangelio Andrés le dice a Jesús: este es mi hermano Simón.

Eso fue lo primero que hizo Andrés. O, si se quiere: quien primero lo anunció Andrés fue a Simón. O, como dicen algunos textos antiguos, "por la mañana" Antes que todo anunciar sin espera el momento del día; antes que a los lejanos, decirlo a los allegados. Pero siempre testimoniar. Desde el anuncio que hizo Andrés, los hombres han visto que el testimonio acerca de Jesús ampliando, hasta alcanzar los confines de la tierra. Quizás corrigiéndose. La primera idea acerca del Mesías habrá de afinarse. De Mesías político alcanzará una dimensión: la del Cordero que quita el pecado del mundo.

Andrés fue el primer llamado, Simón su hermano llegó al día siguiente pero fue elegido para ocupar el primer puesto, La historia de dos hermanos, clásica en la Biblia, se repite una vez más, Es Abel quien pasa antes que Caín, es Isaac quien precede a Ismael, es Jacob quien toma la delantera a Esaú, es Efraín quien recibe mayores bendiciones que Manasés. De ahora en adelante Simón precede a Andrés. A éste se le conocerá como "el hermano de Simón Pedro". Ambos dirán que Jesús es el Mesías, ambos darán el testimonio de la sangre, muriendo en una cruz.

Andrés halló a Jesús y testimonió diciendo: "es el Mesías", Esta es una palabra aramea, que en griego se traduce por Cristo, y en las lenguas derivadas del latín, como la nuestra, equivale a ungido.

Ese era un título oficial de quien era la esperanza de Israel. Pero ya a la luz de la plena revelación, esa voz designa al Ungido por el Espíritu Santo. Juan Bautista había contemplado cómo se desgarraban los cielos y como el Espíritu de Dios, cual una paloma, descendía sobre Jesús y permanecía sobre él. Ahora le tocaba a Andrés descubrir que el Cordero de que Juan había hablado, que el Maestro, a quien había encontrado al caer la tarde, rebosaba de Dios, que era un Ungido del Espíritu, que era el Cristo, el Mesías verdadero, y así lo comunicó a Simón. Simón fue con Andrés a donde Jesús. Este miró al recién venido penetrándolo hasta el fondo del ser, con una visión que develaba los pensamientos más íntimos, con unos ojos que el Apocalipsis compara con llamas de fuego, (Ap 19,12) y le dijo: Tú eres Simón, hijo de Juan, tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro.

Era la primera vez que se veían, pero ya Jesús le conocía, de nombre y apellido. Además ejercía autoridad sobre él, le cambiaba el nombre, le marcaba el destino de ser roca: piedra dura requerida para la construcción de la Iglesia, para afirmar los cimientos del edificio proyectado.

Más tarde, Simón proclamará a Jesús como Mesías, la respuesta de Jesús será declarar que Simón se vuelve Cefas, que la caña se torna peña. Desde entonces Pedro aparecerá constantemente en los relatos del Nuevo Testamento. Se le mencionará hasta 213 veces, sobre todo con el nombre griego de Petros. La voz aramea de Cefas la recordará también Pablo. (1Cor 1,12; 3,22; 15,5 Gal 1,18; 2,9.11.14)

La vocación de Pedro llena, ella sola, un día de la nueva creación. Otros evangelios volverán a narrarla, cuando Jesús le interrumpa el trabajo para invitarlo a que se convierta en pescador de hombres.

Entonces quiso volver Jesús a Galilea. Su corazón estaba ligado a los pueblos en donde pasó la infancia. En ellos desarrollará buena parte de su ministerio: Nazareth, Caná, Naím, Cafarnaúm, y al lado noreste del lago de Tiberíades, Betsaida... Galileos serán casi todos sus discípulos, con la excepción del hombre de Keriot. El acento característico de su hablar los delataba en los momentos de peligro o de entusiasmo. (Mt 26,73; Hech 2,7)

De Betsaida, pueblito cuyo nombre significa "casa la pesca", eran precisamente Andrés y Pedro y también otro amigo de ellos a quien encontró Jesús: Felipe. Si existieran

las casas de esos tres hombres, allá en Betsaida, serían unos museos históricos, llenos de placas. Quizá los únicos recuerdos de los tres apóstoles que conservarían, serían unas redes, ya podridas por el agua del mar. Pero nada queda, porque ellos lo dejaron todo por seguir a Jesús.

Jesús *encontró* a Felipe, éste *encontrará* a Natanael; ya antes Andrés había *encontrado* a Simón Pedro, y había dicho que él y el otro compañero, habían *encontrado* al Mesías. Por todas partes el verbo "encontrar" No había sido un hallazgo casual, sino que respondía a una búsqueda: esos hombres, amigos entre sí, paisanos, de Betsaida o de Caná, discípulos todos ellos del Bautista, buscaban al Mesías y lo encontraron. Ahora buscaban a sus compañeros de aventura para, entre todos compartir acerca de Jesús.

Con nombres griegos, Andrés (el hombre) y Felipe (el aficionado a los caballos) fueron como los ministros de relaciones públicas del colegio apostólico.

Ver a Dios

El quinto discípulo, mencionado en este párrafo que comentamos, es Natanael de Caná. No se sabe quién fue, aunque desde el siglo IX se le identifica con el apóstol Bartolomé que mencionan los sinópticos. Esta identificación la hizo Isodad de Merv, basándose en que, en las listas de los apóstoles, Bartolomé, el hijo de Tolomay, aparece tras de Felipe, y que éste fue quien llevó a Natanael ante Jesús.

Quizá Natanael fuese un experto escriba. Por algo le dirá Felipe: "hallamos a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas".

Con esa expresión Felipe aludía a los libros sagrados. (Deut 18,15-19; Is 11,1...) Juan Bautista era el Antiguo Testamento que trataba de ver al enviado de Dios, Natanael era el Nuevo Testamento que miraba hacia atrás: En Jesús se realizaban todas las predicciones antiguas. La nube se disipaba ante la luz. No había posibilidad de equivocarse: el esperado estaba ya ahí. Su nombre, su familia, su patria chica eran conocidos: era Jesús, el de José de Nazareth.

Natanael no conocía a Jesús, ni a José, pero sabía la ley. El estaba cierto que cosas grandes no vendrían de Nazareth, sino de Belén. (Miq 5,2) Por eso objetó. Era un intelectual. Había estudiado. No lo podrían engañar fácilmente.

Ante sus argumentos, Felipe repitió las palabras que ya antes había usado Jesús: ven y ve. Natanael quiso ir y ver, pero cuando abrió los ojos, otro se le había anticipado: quiso ver pero antes fue visto él.

Jesús dio de Natanael un bello testimonio, como no lo dio de los otros discípulos: "este es un verdadero israelita en quien no hay engaño", es decir, este es digno de llamarse Israel. Acá tenemos otro cambio de nombre. Natanael significa "Don de Dios", "Teodoro", pero Jesús lo llama: Israel.

El nombre de Israel tenía dos sentidos en el folklor de los judíos. Para unos significaba: "el que lucha contra Dios". Así se aludía a la pelea que libraron Jacob y un ángel, una noche. Para otros quería decir: "el que ve Dios". Este era el sentido más aceptado en tiempos de Jesús, usado por Filón, y seguido por muchos escritores durante los primeros siglos. (Cf. Gen 32,24-32)

Natanael es quien ve a Dios, a través de Jesús. En no hay engaño, no hay idolatría. Sin embargo Natanael no podía ver todavía, por eso pregunto: "¿de dónde acá me conoces?".

Entonces Jesús le contó que lo había visto bajo la higuera, antes que Felipe lo llamara.

A algo muy personal debió aludir el Señor con ese detalle, porque Natanael se quebrantó. No sabemos que sería. No podemos, como San Agustín, afirmar:

"La guerra significaba el pecado... te vi cuando estabas en pecado". (Ser 122,1)

Tampoco podemos afirmar que Natanael era un rabino, que enseñaba en esa cátedra al aire libre, y que Jesús aludió a su enseñanza.

Lo cierto es que a Natanael se le abrieron los ojos. Antes era judío, carnal. Ahora fue israelita, espiritual.

Fue vidente, vio a Dios, y dijo: Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel.

Con estos dos bellos títulos mesiánicos aludía Natanael al Salmo 2,7.

Natanael veía ahora en el habitante de Nazareth a alguien grande. Lo que sus estudios no le habían dado, se lo estaban dando sus propios ojos. Natanael estaba viendo al Mesías.

A lo largo de todo este relato, han aparecido con frecuencia los verbos "ver", "mirar", "conocer": Juan ve a Jesús que viene hacia él, (29) ve al Espíritu que descende, (v 32) Dios le había dicho: sobre quien veas descender el Espíritu, ese es quien bautiza con Espíritu (v 33) y Juan lo vio, (34) Juan vio al Cordero de Dios. (v 36)

Jesús verá a quienes le siguen, (38) los invitará a ver su morada (39) y ellos lo verán. (39) También a Pedro lo verá Jesús. (42)

Felipe invitará a Natanael para que vea (46) y Natanael verá (47), como verán todas cosas mayores, (50) pues si Jesús vio al discípulo bajo la higuera, (48.50) ellos verán el cielo abierto y los ángeles que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre. (51)

Tras el "ver" llega el "conocer". (Versos 31.33.48) Cuando los ojos abiertos ven a Jesús el corazón lo conoce. Pero eso no es obra de la carne ni de la sangre, sino de Dios. Por eso el mundo no le conoció, antes bien quiso apagar la luz, para permanecer en tinieblas.

Ahora Natanael, digno de nombre de Israel ve y conoce a Jesús. Cree en él. Este verbo, que Juan usa 98 veces, va a ser decisivo en el cuarto evangelio: ver y oír son el primer paso del creer.

Es entonces cuando Cristo culmina su presentación los discípulos. Les recuerda el episodio en que Jacob dormido en Betel, ve una escala tendida hasta el cielo, que por ella suben y bajan los ángeles de Dios. Cuando despierta, recordando que la gloria de Dios se le ha manifestado, consagra un altar, porque allí es la casa de Dios, la puerta del cielo.

Ahora Natanael, nuevo Jacob, ve a Dios. El contemplará cosas grandes, cosas mayores, verá que Jesús es nuevo Betel, es el lugar donde Dios se manifiesta; la piedra, el altar ungido por el Espíritu donde se ofrece único sacrificio; la escala, la puerta, el pontífice, el único mediador entre Dios y los hombres. Sabrá que Jesús es la manifestación de la gloria de Dios. El lo verá. El será digno de llamarse Israel.

Esa manifestación, que Natanael, y todos los discípulos verán, pues la frase está en plural, se realizará en Hijo del Hombre. Este título es el broche que corona esta serie de testimonios.

Se diría que mientras los discípulos querían honrar con títulos sublimes, Jesús se glorió con el que más asemejaba a nosotros.

Hijo del Hombre es una expresión que Juan trae 12 veces. Puede aludir a la realidad humana de Jesús, hombre por excelencia, el Verbo hecho carne, el que plantó su tienda entre nosotros. O puede evocar la realidad sufriente del Siervo de Yahvéh, en el que no hubo parecer ni hermosura; o predecir, como en Daniel 7,13 la figura del que vendrá sobre las nubes a juzgar al pueblo de Israel, cuando en él se manifieste la gloria de Dios.

El primer Jacob vio lo que había de suceder un día. Nuevo Israel, los discípulos, ven la plenitud. Ellos han podido ver al Cordero y al Maestro, al Anunciado y Mesías, al hijo del carpintero y al Rey de Israel, al Hijo del Hombre y al Hijo de Dios. Lo pudieron ver, conocer y convivir con él.

## PESCADORES

### El Mar de Galilea

En el idioma hebreo cítara se dice kinor. Quizá porque su forma evoca la figura de un arpa o de una cítara se llama Kineret a un lago de Israel, lo mismo que a una ciudad antigua. A ese lago, los evangelios le dan tres nombres diferentes: "Mar de Galilea", ya que sus aguas bañan las costas orientales de esa región de Palestina, "Mar de Tiberíades", para evocar la ciudad construida en sus orillas en honor del emperador romano Tiberio, y "Lago de Genesaret", pues en sus playas muere la fértil llanura de Genesaret. El lago lo forma el río Jordán, cuya corriente se explaya en una superficie de casi 150 kilómetros cuadrados. (21 de longitud y 12 de anchura máximas) El río llega por el norte, alimentado por las nieves del monte Hermón, en el Líbano, y fluye luego hacia el sur hasta la hondonada del mar Muerto.

El lago de Tiberíades ha sido siempre rico en pesca. En sus aguas vive "inmensa variedad de peces, diferentes por su sabor y su figura de los de otras partes", como afirmaba en el siglo primero el historiador judío Flavio Josefa. El nombre de Betsaida, pueblo situado en sus orillas, patria de Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Felipe, significa precisamente "casa de la pesca". El de Magdala, otra población ribereña, patria de María Magdalena, significa "torre de los peces": es la misma población de Tariquea que describe Josefo, dedicada a la industria del pescado. Tabga, o sea Siete Fuentes, es un bello sitio en donde un mosaico del siglo VI recuerda la multiplicación de los panes y los peces que hizo Jesús. También junto al lago están Cafarnaúm, ciudad donde Jesús vivió, (Mt 4,13) Tiberías, que llegó a ser la capital de Galilea y al sudeste, la región de los gadarenos, que mencionan los evangelios al narrar la liberación de un endemoniado y la furia de una piara que se arrojó al mar. La llanura de Genesar es muy fértil. Flavio Josefo dice que en ese suelo crece toda clase de árboles frutales. Las palmeras, olivares, vides e higueras.

Por esas orillas del mar caminaba Jesús, seguido por gentes ansiosas de escucharle, cuando vio a varios amigos suyos, pescadores, que lavaban las redes: las estarían limpiando de las algas enredadas en sus mallas, para luego ponerlas a secar. Dos de esos hombres eran Simón y Andrés, los hijos de Jonás. Precisamente Jesús había curado la suegra de Simón. Otros dos pescadores que por ahí estaban eran Santiago y Juan, hijos de Zebedeo y de Salomé. Algunos jornaleros les ayudaban a éstos a remendar las redes.

Acababan de pasar la noche, todos ellos, tratando de pescar. Normalmente el silencio y la oscuridad favorecen el trabajo de la pesca, pero en esa ocasión la brega había sido infructuosa: nada habían cogido, y ahora lavaban las redes mientras iban a descansar. Ese día no habría comida fresca en sus casas...

### La barca de Simón

En esas llegó Jesús, subió a la barca de Simón y pidió a éste que la apartara un poco de la orilla, para predicar desde allí a la muchedumbre agolpada en la ribera. Era como si, "desde el mar, pescase Jesús a los que estaban en tierra". Desde la barca de Simón empezó Jesús a enseñar. Desde esa cátedra lo viene haciendo hace veinte siglos. Es una faena que el Maestro nunca interrumpirá.

Luego dijo Jesús a Simón: "Boga mar adentro". Tal fue la bella invitación, la misma que sigue dirigiendo el Señor a sus discípulos: "adéntrate en el mar y en la soledad, le dice a cada uno, desafía el peligro de las aguas y de las olas, hasta donde no puedas confiar en nadie, sino en Mí". La Iglesia es la barca de Pedro, que no puede permanecer anclada en la playa, sino que debe avanzar, descubrir nuevos horizontes, desafiar las tormentas. Los

pescadores apostólicos no están para cantar barcarolas, cerca de la orilla, sino para remar, para emprender el viaje...

Echad las redes

Cuando los navegantes se adentraron en el lago, Jesús dijo: "echad las redes para pescar". Alguna repulsa debió de brotar en ellos. Conocían el mar, sabían que era inútil afanarse en pleno día, ya que la noche les había resultado estéril. Quizá quisieron replicar a Jesús: "Tu eres ebanista. Sabes cortar árboles, aserrar tablas, armar muebles. Pero el oficio de la pesca no lo conoces. Esta no es hora de pescar". Sin embargo no fue eso lo que dijeron, sino que Simón replicó: "Toda la noche lo hicimos inútilmente, pero ahora, porque tú lo dices... lanzaré la red".

Entonces la red se abrió como un manto sobre el mar. Los plomos del ruedo la empujaban hacia el fondo. Las mallas se hundían en el agua, dejando que entre sus hilos pasaran las espumas...

De pronto, los compañeros de Simón vieron que cuerpo de éste se tensaba fuertemente como si tuviera que soportar un peso grande y cuando él empezó a halar la red tuvieron que venir a ayudarlo, y no sólo él: sino los pescadores de otra barca. Era tal la abundancia de la cosecha que las cuerdas de la red casi se rompían al sacar los peces ambas barcas amenazaron naufragar.

La experiencia de esos pescadores debió ser intensa. Estaban desanimados, como el agricultor a quien la helada da le quema la cosecha, como el albañil a quien se le desploma el muro que acaba de levantar. Esa noche solo habían sacado el agua que chorreaba de las redes. Era como si sembraran en el viento, como si araran en el mar. Pero confiaron en la Palabra de Jesús y tuvieron la pesca más abundante que nunca hubieran podido soñar. Abundancia no es rara cuando es Jesús quien obsequia. A unos novios, en Caná, les dio como 600 litros del mejor vino; a la muchedumbre hambreada la sació con panes y peces, y sobraron muchos cestos llenos; cuando prometió agua viva habló de ríos que brotasen hasta vida eterna; dijo también que daba el Espíritu sin medida y que había venido para dar vida abundante.

Jesús quiere colaborar en nuestro afán. Los hombres ponen el cimiento, El completa el edificio; los hombres lanzan la semilla y la riegan, pero Ella hace crecer. Muchos obreros apostólicos juzgan que las conversiones numerosas y la afluencia notable hacia los templos es el fruto de su talento, de su palabra o de su virtud. Olvidan que, si están solos, pueden pasar toda la noche en fatiga inútil. Sólo la Palabra de Jesús llena la red.

Apártate de mí

Cuando Simón acabó de izar la red a la barca, habría podido decir: "Señor, ¿cómo hiciste para distinguir esa mancha de peces? Qué ojos tan poderosos tienes, que penetran las ondas. Señor, venían esos peces en el agua, ¿o los creaste Tú, con tu poder? Simón no dijo eso. No sabía adular, ni era superficial. Él se hincó lleno de terror y dijo: "Señor, apártate *de* mí, que soy un hombre pecador". Como que intuyó en un instante que Jesús era el Enviado de Dios, y tuvo la misma reacción que el Isaías cuando al ver la santidad de Dios, pensó que iba a morir. (Is 6,1) Por eso gritó desde su entraña más profunda: "Apártate de mí", pero Jesús le replicó: "Ven y Sígueme".

A pesar del pecado, Jesús le llamó. Le pescó con su palabra. En adelante Simón lo abandonó todo por seguir a Jesús. Lo mismo hicieron sus compañeros de labor: padres, obreros, barcas y redes, y pesca abundante, arrancada al mar, todo quedó atrás. Fueron capaces de relativizar cuanto tenían con tal de conseguir la Perla del Reino de los Cielos. Rompieron la cadena que ataba la barca de sus vidas y se fueron con Cristo a bogar en el

mar de la aventura y de lo desconocido. Un día Simón le dirá a Jesús: "Nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido". (Mc 10,28)

Más tarde volveremos a encontrar a estos pescadores atravesando el lago para misionar en las aldeas ribereñas, o lanzando de nuevo las redes en busca de alimento. Se diría que los bienes abandonados quedaron reservados para asegurar un elemental subsistir, para extender por doquiera el Reino de Dios y para el servicio de la comunidad naciente.

Esas barcas humildes, excavadas tal vez en el tronco de un árbol, o construidas con tablas y calafateadas luego para que no se llenasen de agua, se convirtieron en el signo de la Iglesia, y las redes que los pescadores galileos arrojaban al mar y que luego debían lavar, secar y remendar, llegaron a ser el signo del trabajo apostólico que anuncia el evangelio a todos los hombres.

Pescar hombres

Jesús les dijo: "Seguidme, os haré pescadores de hombres". Estamos tan habituados a escuchar la expresión "pescadores de hombres" que no nos extrañamos de ella. No debió suceder lo mismo a Simón y sus compañeros. Ellos debieron sorprenderse mucho cuando Jesús les propuso que cambiaran de oficio y en vez de atrapar peces, lanzaran las redes sobre los hombres. Ellos nunca habían sacado del mar un hombre. Sólo peces de escamas plateadas. Lo único que querían era peces. Pescar un hombre, atrapar el cadáver de un naufrago con la atarraya hubiese resultado un problema.

Si Jesús llegase a una zapatería y dijese al jefe del taller: "Desde hoy serás zapatero de almas", si llamase un técnico anunciándole: "serás un electricista de espíritus, un plomero de corazones", la gente abriría los ojos con extrañeza y replicaría: "Por favor, Jesús, el zapatero a sus zapatos, el electricista a sus alambres, y el plomero a sus desagües. Para los hombres lo que se necesita no es pescadores, sino médicos, pedagogos y siquiátras".

Sin embargo como Pedro y sus compañeros eran gente sencilla, con la mirada limpia y dócil el corazón, no se extrañaron por la curiosa invitación que les hacía Jesús sino que dejaron que las barcas siguieran meciéndose solas en las orillas del lago, y que las redes y los aparejos de pesca se secaran al sol, y se fueron tras de Jesús, se hicieron discípulos.

"Seréis pescadores de hombres", dijo Jesús, según el evangelio de Marcos y de Mateo. "Serán hombres lo que cogerás", le dice a Pedro Jesús, según el evangelio de Lucas, o como traduce la antigua versión siríaca: "En adelante pescarás hombres para la vida". Es lo que han hecho desde hace siglos los discípulos de Jesús.

En la catacumba de San Calixto en Roma, hay una pintura, tal vez del siglo segundo, que representa a Simón Pedro, como joven esbelto, sentado en una roca, junto al mar, con una caña de pescar en cuyo hambriento anzuelo ha mordido un pez. A veces la pesca ha sido así, hombre por hombre, con anzuelo, a veces ha sido más abundante, como con atarraya, a veces ha sido como con la red barredera de que nos habla la parábola: "Es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases, y cuando está llena la sacan a la orilla, se sientan y recogen en cestos los buenos y los malos". (Mt 13,47-48)

Los hombres somos los peces en la red de la Palabra de Dios. Con la buena nueva de la Resurrección de Cristo, los apóstoles tejieron la red, le dieron firmeza con el testimonio de profetas y con el recuerdo de cuanto dijo e hizo Jesús, y luego la tendieron por todos los mares del mundo. Allí está todavía, llenándose de peces. A veces cae un pez grande, a veces llega una multitud. Todos son recibidos con gozo. No hay uno solo que defraude al pescador.

Es el Señor

Una escena parecida a la anteriormente evocada, la narra el cuarto evangelio. Quizá corresponda al mismo suceso pero mientras Lucas subraya unos aspectos de la vocación apostólica, (Lc 5,1-11) Juan se detiene en otros. (Jn 21,1-13)

También en la narración de Juan los discípulos han pasado infructuosamente la noche lanzando la red. Jesús no está con ellos. Cuando Jesús no está siempre es de noche, y el pescador apostólico sigue sacando las redes vacías. Allí estaban Pedro, Tomás, Natanael, los dos hijos de Zebedeo, y otros dos discípulos de Jesús. En un evangelio apócrifo del siglo II se dice que habían ido al mar Pedro, Andrés y Mateo.

Cuando ya amanecía, se acercó Jesús a la orilla. Según Juan, ésta fue la tercera aparición después de resucitar. Al principio los discípulos no lo reconocieron, quizá por la oscuridad de la hora o por la lejanía de la playa, unos 90 metros, o porque para ver a Cristo no basta mirar con los ojos del cuerpo, sino con los del corazón.

Jesús le dijo: "Muchachos, ¿no tenéis pescado?" y como le replicaron que no, les dijo "echad la red "a la derecha" de la barca y encontraréis. Le obedecieron, y ya no podían sacar la red por la cantidad tan grande de peces que capturaron. En ese momento se le abrieron los ojos al discípulo que Jesús amaba, y dijo: Es el Señor. Este es el nombre de Cristo Resucitado. Sólo el Señor Viviente hace que las redes de la Iglesia se sigan cuajando de peces.

Cuando Pedro oyó que quien así los había guiado e la pesca era el Señor Jesús se vistió y se lanzó al mar. Pedro siempre obraba de modo especial. Se desnuda para pescar y se vestía para nadar. Y no le importa mojar su ropa, no quería aguardar a que la barca, arrastrando la red colmada de peces, llegase hasta la orilla. Nadando o caminando sobre el agua, él quería siempre estar cerca de Jesús. Por eso en otra ocasión, le gritó desde la barca: "Mándame ir a ti". (Mt 14,29) Como buen apóstol sabía que una vez lanzadas las redes debía volver los ojos a Cristo, para agradecerle y para aprender así algo más de Él.

### Los peces y la red

Cuando sacaron la red a la playa contaron los peces. Eran 153 pescados grandes. No sabemos lo que con esa cifra quiso indicar el evangelista. Algunos suponen que era una alusión a las enseñanzas de los zoólogos griegos. Estos afirmaban que en el mar había 153 clases de peces. En tal caso ese número querría decir que de a uno de cada especie, todas las especies habían sido atrapadas por la red, porque el evangelio es una invitación para todos los hombres. La explicación que da San Agustín va en la misma línea de universalidad. El dice que al sumar uno más dos, más tres, más cuatro, y así los siguientes números, hasta diez y siete, se llega al total de 153. Entonces se ingenia el Santo en explicar que todos esos números que se adicionan simbolizan a cuantos han de ser salvos, pues fueron pescados a la derecha. Ojalá que nosotros también seamos pescados a la derecha, por la red apostólica, ante el mandato del Señor.

Lo importante es que la red, a pesar de ser tantos los peces, no se rompió. Hace algunos años viajé con un marinero de las islas Canarias, por el mar en un día espléndido, de cielo azul. Mientras el viento nos asperjaba y las aves marinas giraban majestuosamente en el firmamento, el marinero hablaba de las faenas de pesquería y explicaba que cuando las redes se tienden en el mar, si los hilos no son resistentes, pueden quedar destrozadas como una telaraña, cuando una mancha de peces los encuentra en su camino, porque los peces no van divagando por el mar sino que nadan veloces, como una manada de potros sueltos por la llanura. Con razón los hijos de Zebedeo tenían que remendar las redes rotas por el empuje.

Pero en la pesca que recuerda Juan la red no se rompió. Una red así es signo de la Iglesia Una, la que no se desgarran con cismas ni con desamor, la Iglesia que invita a cuantos navegan en el mundo, la Iglesia que orienta Cristo, "el pescador de los mortales que se salvan; el que en el mar de la iniquidad atrae a la dulce vida a los peces que nadan en la onda odiosa". Con razón hacia el año 200, escribía un autor, respecto al bautismo: "Sacramento grande el de nuestra agua... Nosotros, coro pecesillos, nacemos en ella conforme a nuestro Pez, Jesucristo".

Nuestro pez

Cuando los discípulos salieron a tierra y trajeron algunos de los peces que habían atrapado, Jesús los invitó comer. Ya había preparado fuego, sobre las brasas había asado un pez y también tenía pan, que les distribuyó, a modo de una cena eucarística. En ese pan y en ese pez que Jesús dio fue El mismo quien se dio. Ese pan es Pan de Vida, ese Pez es Jesús, el Hijo de Dios, Salvador.

Los primeros cristianos designaban a Jesús con el signo de un pez. Así como le llamaban Cordero de Dios, León de Judá, le llamaban también Pez. En griego pez dice IXTUS, y esta voz es el acróstico de las voces griegas Jesús Cristo (que es) Hijo de Dios (y) Salvador. Por eso en el texto bautismal arriba citado se habla de que nosotros, pecesillos, nacemos en el agua bautismal, conforme a nuestro Pez, Jesucristo. Ese es el "Pez del manantial, grandísimo y puro que cogió la Virgen Casta que da de comer diariamente a sus amigos".

Más explícito es el epitafio de Pectorio hallado hallado en Autun que cubría una tumba en el siglo III que dice: "Raza divina del pez celeste, conserva un corazón santo, habiendo recibido entre los mortales la fuente inmortal de aguas divinas. Da vigor a tu alma, querido, con las aguas perennes de la enriquecedora sabiduría. Recibe el alimento, dulce como la miel, del Salvador de los Santos, come con avidez, teniendo el pez en tus manos. Que yo ya me sacie, pues, con el pez, lo deseo ardientemente, Señor Salvador. Que descansa felizmente mi madre, te suplico, oh luz de los muertos. Ascendio, padre carísimo de mi alma, con mi dulce madre y mis hermanos, en la paz del pez, acuérdate de tu Pectorio".

Comer el pez era alimentarse de la Eucaristía, nutrirse de Jesús. Cuando el Señor Resucitado ofrece pez y pan, está dándose a sus discípulos. El es el pez muy grande que el pescador más ambicioso soñó alguna vez pescar. Por eso en las catacumbas de Lucina, hay figuras del comenzar el siglo II que evocan a Jesús: es una canasta de pan y un pez vivo que se ofrece a la Comunidad.

Alimentados con ese pez que Jesús da, los pescadores podrán salir a tender las redes, seguros de que el Señor bendecirá su esfuerzo. Unidos a Cristo Eucaristía, los cristianos podremos ir a predicar el evangelio con la esperanza de que El llenará las redes de discípulos, pescados de la muerte para la vida.

## **MARINEROS**

Una tempestad es algo terrible. Los vientos se desbocan como manada de potros por la llanura, destrozándolo todo en su carrera: barriendo las nubes del firmamento, descuajando los árboles, arrancando los tejados de las casas, alzando olas gigantescas y zarandeando a los navíos que se aventuran por el mar. El Evangelio alude en diversas ocasiones a la tempestad que se anuncia por la mañana cuando el cielo nublado tiene arreboles, (Mt 16,3)

o que derriba los edificios construidos sobre arena, (Mt 7,25-27) o que abre amenazadoras, ante los marineros, las fauces del abismo.

Por seguir a Jesús los discípulos se embarcaron una tarde deseosos de cruzar el mar. (Mt 8,23-27; Mc 4,35; Lc 8,22-25) Habían dejado a sus familiares, habían abandonado en la playa las redes y el resultado de la pesca, habían repartido su dinero entre los pobres. Estaban dispuestos a dejar que otros les enterraran a sus muertos. Habían puesto la mano en el arado y no deseaban volver la vista atrás.

Esa tarde querían cruzar el mar. Era como si se embarcaran con Jesús en la aventura de evangelizar el mundo. El Señor, fatigado, se sumió en un sueño profundo reclinado en un cojín, hacia la popa de la nave. De pronto, el viento empezó a silvar con creciente violencia, bramando como toro indómito y levantando olas amenazantes.

El miedo

Entonces los discípulos se llenaron de miedo. Temer es temblar ante la muerte y ante el abismo, es estremecerse frente al peligro que no se puede evitar, es sentir que el corazón se encoge y que el frío invade el cuerpo, es beber la derrota sin librar la batalla.

Desde el fondo de su angustia los discípulos buscaron salvación. Gritaron. Quisieron compartir su ansiedad con ese Jesús a quien seguían y que allí, ausente de la tragedia, descansaba acunado por el embate del mar, seguro en las manos de Dios, confiado en que el Padre no le dejaría hundirse en la tumba fría de las olas.

Los discípulos le gritaron a Jesús: "No te importa que perezcamos? "Únete a nosotros". Era un clamor desesperado. "Sálvanos que perecemos". El miedo les hizo gritar: "Perecemos", y el grito les libró de perecer.

También los cristianos creemos que Cristo duerme, cuando estalla la tempestad del alma, cuando el huracán de las tentaciones empieza a ulular, cuando las nubes de los problemas se arremolinan oscureciendo el horizonte interior. La duda acongoja más a las almas que las olas a los cuerpos. Entonces la esperanza de llegar "al Puerto definitivo, naufraga o va a la deriva.

Si creemos que Cristo duerme, debemos esforzarnos por llamarlo para que despierte. Si creemos que ha muerto en nuestra vida, clamémosle para que resucite. Despertar a Cristo, en nuestro corazón, es convertirnos a El, pensar en El, amarle y aceptarle como Salvador y como Señor.

Sin embargo, no es Cristo el que duerme; somos nosotros los que dormimos para El. En el torbellino de las tentaciones, en la pesadilla de nuestra lejanía y de nuestro pecado, llamemos a Cristo, gritémosle que nos salve.

La tempestad calmada

Dice el Evangelio que Jesús se levantó, y mandó al viento y al mar que se aquietasen, y ellos de inmediato obedecieron. Así se manifestó Cristo como experto navegante, capaz de resolver las dificultades de cualquier travesía. Desde entonces, siempre que Jesús navega con los discípulos, la barca alcanza el puerto. Es lo que sucede a la Iglesia: que recorre los mares sin miedo de naufragar, porque confía en que si Cristo salvó a los tripulantes de un barquichuelo, ¿cómo no va a librar de todo naufragio a la barca de su Iglesia?

¿Por qué teméis? ¿Dónde está vuestra fe?" Es una frase que Jesús repetirá con frecuencia. "No temáis" (Mt 10,31; 28,10). "No tengáis miedo, pequeña manada". (Lc 12,32) "No se turbe vuestro corazón ni tengáis miedo". (Jn 14,27) No temáis, es vuestro rey que viene. (Cf. Jn 12,15) No temer le pide Jesús a Pablo. (Hech 18,19; 27,23) Ese es también el mensaje del ángel a María, a José, a los pastores. (Mc 1,20; Lc 1,20; 2,10)

Ante esa palabra de amistad y de confianza, y ante el dominio carismático de los elementos, los discípulos se preguntaron: "¿Quién es este que domina la naturaleza e inspira valor?" Es la misma pregunta que los hombres nos seguimos planteando frente a Jesús, cuando sentimos que ante su voz la paz invade nuestro corazón:

¿Quién es este que impera y ama, que es poderoso y compasivo, que vence el mal cósmico y el mal psicológico, que sana del mal físico y del mal moral?

Los discípulos descubrieron que Jesús era el Pastor, al que podrían seguir por todas las sendas, hasta por las rutas no trazadas del mar. Comprendieron que caminando tras de Jesús podrían afrontar sin miedo la muerte, porque El los rescataría de las puertas del abismo y los habría de salvar.

Un fantasma

En otra ocasión, también en el mar, repitió Jesús similares palabras, para sanar a sus discípulos del miedo. "Soy Yo, no temáis". (Mt 14,22.23; Mc 6,45 51; Jn 6,16-21)

Según narran tres evangelistas, los discípulos iban a media noche, remando en la barca, cuando estalló la borrasca con vientos contrarios y oleaje violento.

Serían como las tres de la mañana, la cuarta vigilia, como decían los antiguos, cuando los pescadores galileos percibieron que alguien avanzaba hacia ellos, caminando sobre el agua. Pensaron que era un fantasma y se pusieron a gritar por el terror.

El miedo desfigura el rostro de las cosas. Hasta a Jesús, hombre espléndido, el pánico lo hace ver cual si fuera un fantasma. Con temor semejante ven muchos hombres a Dios. No lo aman sino que le temen. Se lo imaginan como un ser poderoso, airado y castigador. Piensan que es celoso del bienestar de los hombres, vengativo, colérico. Esa caricatura trágica y equivocada del Padre, desaparece cuando nuestro corazón se abre a su amor. En la primera Carta de Juan leemos que el amor echa fuera el temor, y que si alguno teme es porque le falta crecer en el amor. (1Jn 4,18)

Un sacerdote español escribió: "Dios no aporta miedo sino esperanza. Si en nuestras almas hay más miedo que esperanza, es que las estamos llenando de nosotros, y no de Dios".

Cuando uno tiene miedo de Dios está en la noche. Siempre es de noche cuando Cristo no va con los discípulos. Entonces la nave se fatiga con vientos contrarios y con el oleaje, y a los hombres no les queda sino luchar con la tempestad, o llenarse de miedo y gritar.

Al advertir la angustia de los discípulos, Jesús les dijo: "Soy Yo, no temáis".

Llama la atención que Jesucristo, que sanó a los apóstoles de todo miedo, se hubiera turbado y angustiado también él cuando estalló la tempestad de la Pasión, cuando la barca de su vida amenazó sumergirse en las aguas de la muerte. Entonces El, que participaba de nuestra naturaleza, tuvo temor, y con ese miedo suyo nos salvó a nosotros de toda angustia, como luego, con su muerte, nos obtuvo la vida.

Ya lo expresó bellamente fray Luis de Granada, preguntando a Jesús: "Tu que eres el dador de la fortaleza y de la gracia, te entristeces y temes antes de la batalla" E inmediatamente el mismo escritor da esta bella respuesta: "Señor, ese temor tuyo no es tuyo, sino mío, así como aquella fortaleza de los mártires no era de ellos, sino tuya. Tú temes por lo que tienes de nosotros, y ellos se esforzaron por lo que tenían de Ti. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu deidad se muestra en la flaqueza del hombre. Así que mío es este temor y tuya esta fortaleza, y por eso mía es tu ignominia y tuya mi alabanza".

Yo soy

En el Evangelio se conoce a Jesús primero por el oído que por la vista, primero por la voz que por el semblante. Eso le sucedió a María Magdalena, que estaba confundiendo al Resucitado con un hortelano; también le acaeció al discípulo amado, cuando oyó que desde la playa alguien aconsejaba echar las redes a mano derecha. Cuando Jesús habló, fue conocido.

Una vez visitaba yo la casa de unos amigos. De pronto un niño, que apenas si sabía hablar, empezó a decir: papá, papá. Yo me extrañé, pues no veía al padre de la criatura por ninguna parte, entonces me explicaron que el niño había oído el automóvil en que su papá estaba llegando. Eso hace el amor: A partir del menor indicio interpreta la presencia del ser querido, aunque no lo vea. También nosotros podemos adivinar la presencia de Cristo, si lo amamos de corazón.

La palabra que Jesús dijo fue: "Yo soy". Esa expresión es evocadora del nombre que Dios se dio, como leemos en el libro del Éxodo. (3,14)

"Yo soy" es una expresión que aparece con frecuencia en los labios de Jesús:

"Yo soy el pan de vida", "Yo soy el Buen Pastor", "Yo soy la luz del mundo", "Yo soy el camino, la verdad y la vida", "Yo soy el Alfa y la Omega", "Yo soy el primero y el último", "Yo soy el tronco, y el descendiente de David, la esplendorosa estrella de la mañana".

Jesús es la presencia amorosa de Dios para nosotros, el Emmanuel, Cuando está Dios con nosotros, lo normal es que los discípulos queramos estar con El. Cuando Jesús dijo: "Yo soy", Pedro, le replicó: "Si eres Tú, mándame ir hacia Ti, sobre las aguas", Esa es la voz del amor, Si eres Tú, que yo esté contigo, que contigo camine, que te siga y que pueda ir a donde Tú estás. ¿Cómo hacerlo? Ese es un problema secundario, lo importante es ir hacia Ti, El discípulo no puede vivir lejos del Maestro, Ser discípulo es preguntar a Jesús: dónde moras? Y quedarse con El, vivir con El, oír su Palabra, compartir la vida.

Jesús dijo: "Ven", y Pedro fue. Caminó sobre las aguas. Estas se endurecieron bajo los pies de Pedro. Eso lo pudo el apóstol por el carisma de la fe.

El carisma de la fe

La virtud teologal de la fe nos permite creer en Dios y aceptar a Jesús, confesarle como Señor y Salvador, vivir según la palabra, obedecerle, comprometemos con El. Es una actitud de mente, de voluntad y de afecto.

El carisma de la fe es algo distinto. Es la confianza en que Jesús cumplirá cuanto ha dicho: "Esta fe que da gratuitamente el Espíritu Santo no consiste solamente en una fe dogmática, sino también en aquella otra fe, capaz de realizar obras que superan la posibilidad humana. Quien tiene esa fe puede decir a un monte: "Vete de aquí a otro sitio, y se irá. Cuando dice esta palabra de fe, y cree sin dudar en su corazón que lo que dice se realizará, entonces éste ha recibido el don de la fe.

De esta fe se afirma: "Si tuviereis fe como un grano de mostaza"... Pues de igual modo que el grano de mostaza, pequeño en tamaño... aunque esté plantado en un lugar exiguo, produce tan grandes ramas, que pueden cobijarse en ellas las aves del cielo, así también la fe, cuando arraiga en el alma, en un instante realiza grandes maravillas".

Pedro tuvo el carisma de la fe. Pero necesitaba crecer y afianzarse en él. Más tarde podría, en nombre de Jesús, sanar paralíticos y resucitar muertos. Pero en el lago, su fe todavía era endeble. Por eso sintió miedo. Lo curioso es que Pedro sintió miedo no del agua sino del viento, que arreciaba y le golpeaba el rostro. No miedo de lo principal, sino de lo secundario. Tuvo, pues, temor y empezó a hundirse.

Así pasa en la vida del cristiano: el fruto de un esfuerzo arduo se puede malograr por la infidelidad o la negligencia de un detalle menor.

Cuando Pedro sintió que se hundía, gritó: "Señor, Sálvame".

Ese es el clamor de quien se siente perdido. Es fácil hablar de salvación, pero para obtenerla hay que sentirse perdido y hay que gritar suplicándola. Estar perdido es ver como todo se hunde bajo los pies, es presentir que un peligro grande se viene encima y que no hay manera de evitarlo. Pedro, a pesar de ser el primero de los discípulos, se sintió perdido, y por eso invocó al Señor.

El carisma de la fe había llevado a Pedro a caminar sobre el agua, ahora la virtud teologal de la fe lo movía a invocar a Jesús como Señor y Salvador.

Jesús le tendió la mano y, sosteniéndole, le dijo: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?"

Como un polluelo que tras los primeros intentos de vuelo regresa al nido, así retornó Pedro al hogar de la barca, y lo hizo con Jesús. Cuando ambos entraron en la embarcación, el viento se aquietó y todos alcanzaron felizmente la orilla.

Desde entonces ni Pedro ni Jesús dejan la barca de la Iglesia. Jesús como Capitán, Pedro y quienes en su cargo le han sucedido, como orientadores de la faena, en nombre del único Maestro. Por eso la barca no puede hundirse, y todos los creyentes están invitados a permanecer en ella, porque si cuando hay borrasca en la barca se corre peligro, fuera de la barca se muere irremediamente.

## BARTIMEO

Qué tragedia es perder la vista. No volver a percibir la luz y, por lo tanto, ningún objeto. Tender las manos en el vacío tratando de adivinar los obstáculos, mover incesantemente el bastón para descubrir cualquier desnivel. Pasar la vida como si fuera de noche. Como si un eclipse total e interminable hubiera barrido para siempre el sol, la luna y el firmamento azul, como si un daño irreparable hubiera apagado la luz eléctrica. Ya no mirar las flores, ni las aves. Olvidar los colores y los matices. Borrar de la mente los rasgos de los seres amados. Sólo orientarse por el olfato, por el oído o por el tacto.

Los hombres cuando ven, cuando se pasman ante la belleza de la luz, cuando distinguen las formas, los tamaños y las distancias, cuando pueden leer, cuando descubren cada día la espléndida creación, no dan suficientes gracias a Dios por el don de la vista, porque el Hacedor les dio unos lentes que captan y guardan en la memoria millares de instantáneas, a pleno color, como no logran hacerlo la más poderosa máquina fotográfica.

El Evangelio, al presentarnos a Jesús, emplea con frecuencia las palabras luz, sol, resplandor, día, noche, ti nieblas, oscuridad, ceguera. Ese vocabulario, cercano a la experiencia de los hombres, nos da a conocer quién es Jesucristo, cuál fue su misión y cómo ha de ser nuestra actitud frente a El.

### El hijo de Timeo

A las puertas de Jericó, ciudad rica y despreocupada, entregada al ocio y al comercio, se encontraba un hombre ciego, pobre y triste que, sentado a la vera del camino, imploraba limosna. (Mc 10,46s; Lc 18,35s; Cf. Mt 20,30s) Se llamaba Bartimeo, el hijo de Timeo.

Bartimeo estaba en las afueras de Jericó. Se diría que en la ciudad no había sitio para él. En ella sólo cabían los hábiles, los buenos negociantes, los que distinguían las monedas legítimas de las falsas, los que podían participar en todas las fiestas, sumergirse en todas las piscinas y asistir a los diversos espectáculos. Vida imposible esa para un hombre ciego

Bartimeo estaba sentado a la vera del camino. No era el peregrino que emprende la marcha. No era el viandante que desea recorrer el mundo. El estaba allí, derrotado por la vida, encadenado a su soledad y a su noche, hastiado por el desencanto, y esperando en vano que le amaneciese la aurora, sin ánimo para levantarse porque sus ojos, "lámpara del cuerpo", estaban oscurecidos.

Bartimeo pedía limosna. Esa era su humillación. Debía avergonzarse de tender la mano para lograr una moneda. Debía apenarse al escuchar las burlas y los rechazos de los transeúntes, o al intuir que éstos apresuraban el paso y esquivaban su ruego, o le daban una ayuda sin amor. A un hombre normal no le gusta mendigar. La dignidad personal impele a cada persona a conseguir el sustento con el propio esfuerzo. Cuando una dádiva se entrega con altivez puede herir las fibras más delicadas del ser. A veces los ricos generosos se quejan de que los pobres son desagradecidos. No hay tal. Es que, lo decía San Vicente de Paúl, "la mano que da debe hacerse perdonar su gesto" Por eso Jesús afirmaba que la mano izquierda debe ignorar lo que hace la derecha. (Mt 6,3) Unos dedos que se alarguen desdeñosamente al hacer un obsequio corren el peligro de ser mordidos.

Ciego, triste, pobre, Bartimeo es el signo de la humanidad que no conoce a Jesús. "Sentados los hombres en tinieblas y sombras de muerte", (Mt 4,16) "privados de la ciudadanía y de las promesas", (Ef 3,12) esperaban que para ellos brillase la luz y que alguien indicase el camino que conduce hasta el Padre. Estaban enfermos de ceguera, tenían cataratas que impedían que la luz de la verdad llegara hasta su corazón. Tenían en los ojos motas grandes como vigas, que los sumían en la oscuridad: rotas de soberbia y de avaricia, motas de lujuria, de injusticia y de rencor.

Pero para esa humanidad ensombrecida brilló una esperanza, igual que para el ciego de Jericó.

Bartimeo ve al Mesías

Bartimeo escuchó un fragor. Una multitud atravesaba el camino. Hombres, mujeres y niños pasaban y animadamente discutían. Bartimeo percibía las voces y respiraba el polvo que levantaba la numerosa comitiva. Cuando el ciego indagó por la causa de tanto alboroto, le dijeron que era Jesús de Nazareth profeta y taumaturgo, quien pasaba por allí. Tal vez le contaron que en Cafarnaúm y en otros lugares de Galilea algunos ciegos habían sanado por la oración de Jesús. (Mt 9, 27-28; 12,22; 15,30) Algo similar había sucedido en Judea y en la misma Jerusalén. (Lc 7,21.22; Mt 11,5; 21,14)

Quizá Bartimeo preguntó si también él podría sanar. A lo mejor le replicaron que no era oportuno, que no estaba probado que ese hombre viniera de Dios, y que para discernirlo habría que pedir señales, pues aunque muchas había hecho, como con frecuencia las realizaba en día de sábado, se les dificultaba interpretarlas bien, y que por lo tanto sería prudente dilatar el juicio algunos años... El Evangelio no habla de estas trabas puestas al deseo del ciego, pero son de suponer. La gente sabía que Jesús realizaba cosas espléndidas, pero era preferible no sacar las consecuencias. Admitían que podía obrar con poder pero preferían los caminos ordinarios de los ungüentos y las cataplasmas.

Eso sigue sucediendo todavía. Muchos hablan de Jesucristo, afirman que está vivo, y que es el mismo hoy, ayer y siempre, pero lo tratan como si estuviese muerto, y dudan de que pueda actuar todavía con poder.

A pesar de los rechazos, a Bartimeo se le ocurrió dirigirse personalmente a Jesús y, como no veía en dónde estaba, empezó a clamar: "Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí" con un grito parecido al de los cristianos, cuando dicen en la liturgia: "Señor, ten piedad". Sólo que para Bartimeo no era una fórmula rutinaria, sino un lamento del alma y

una confesión de fe, porque al invocar la compasión de Jesús expresaba toda su miseria, y al llamarlo "Hijo de David" lo proclamaba Mesías.

Bartimeo estaba viendo a Jesús con los ojos del alma. Aunque sus pupilas estaban apagadas, aunque sus párpados estaban entornados como unas persianas cerradas, como unas cortinas oscuras, sin embargo la luz de Cristo estaba llenándole al corazón.

La gente que iba con Jesús empezó a protestar ante los gritos del ciego. Ese clamor lastimero laceraba los oídos. No que fuera estridente, ni que impidiera escuchar la enseñanza del Maestro, sino que Bartimeo estaba proclamando a Jesús como Hijo de David el Rey, es decir como Mesías, y para ellos sólo se trataba del hijo de José, el artesano, es decir, un hombre como cualquiera de los demás.

De modo que el ciego veía al Mesías, y quienes tenían abiertos los ojos, no lo veían. El ciego era vidente y los videntes eran ciegos. Como en las palabras de un salmo, (115,5) tenían ojos y no veían, eran como las estatuas. A pesar de ello deseaban graduarse como guías de ciegos. Con tales guías muchos hombres caerían en el abismo. Aunque andaban con Cristo, no se aprovechaban de su luz, sino que estaban deslumbrados por los fuegos fatuos de sus propios criterios.

El grito de Bartimeo

Pero Bartimeo, rechazado en su intento, no se amilanó, y con creciente energía volvió a gritar y a proclamar lo que estaba viendo, por la luz de la fe, con los ojos de alma: "Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí".

Bartimeo es un modelo para los creyentes: oró a Cristo y testimonió de Cristo, aún contra el parecer de una multitud. Muchos hombres son como los pobres vergonzantes, que no gritan su pecado y su miseria, ni implora compasión porque temen desacreditarse ante la multitud o porque ignoran que los oídos del Señor están siempre atentos ante la plegaria del pobre. No saben que el clamor de los pobres llega siempre hasta Dios. El es el único que escucha a los humildes. Hoy en la tierra nadie más los escucha: no los oyen los políticos, a pesar de toda su demagogia; no los atienden los millonarios, aunque se hayan enriquecido chupando la sangre, el sudor y trabajo de los indigentes; no los perciben los científicos que viven en un mundo de abstracción e idealismo; ni los artistas, para quienes los pobres sólo son el motivo de sus cuadros o de sus versos.

Jesús oyó el clamor del ciego, se detuvo y lo hizo llamar. Quizá algunos se malhumoraron con la interrupción de la marcha, otros mirarían curiosos esperando como terminaría aquello, otros tal vez pronosticarían pesimistamente que no pasaría nada y que el mendigo quedaría frustrado al no recuperar la visión, y otros en fin con alegría le dijeron: "Ten confianza, levántate que llama".

Esta última fue la palabra comprensiva, la destinada fortalecer al ciego en su fe. Similar a la voz que podemos dar los cristianos a muchos enfermos y a muchos angustiados. Hay creyentes que la última palabra que saben es la de resignación, o a lo sumo la de indagar por el diagnóstico del médico, para calcular la fecha del desenlace, o la gravedad del mal. Se les olvida que el Señor puede sanar en el cuerpo o en el espíritu, y que puede dar paz, y que puede bendecir con dádivas que superan cuanto nos atrevemos a suplicar.

La alegría de Bartimeo

Dicen los evangelios que cuando le anunciaron al ciego que Jesús lo llamaba, saltó, dejó caer el manto y fue donde el Señor. Era ciego, impedido para marchar normalmente, pero saltó y anduvo. Le brincó sin duda el corazón, le danzó de alegría y esperanza. Muchos piensan que en presencia de Jesús se debe guardar compostura y moderación. Pero

como Bartimeo, por ser ciego, no había estudiado todas las reglas del protocolo, saltó con presteza. También Juan Bautista había saltado en las entrañas de su madre, cuando ésta se encontró con María y con Jesús, y del rey David, nos dice la Biblia, que una vez se despojó de sus atuendos reales y se puso a danzar ante el Arca de Yahvé, a pesar de las críticas de su esposa, que era muy refinada, y un salmo afirma que en la presencia del Señor hasta los montes saltan como corderos, y las colinas como cabritos. (Sal 113,4-6) Pero nosotros podemos ser más parsimoniosos...

El ciego saltó, y al hacerlo, dejó caer el manto. No le importó. Era un peso muerto. Para ir a Cristo uno debe liberarse de muchos obstáculos y de muchos afanes. Debe desprenderse, dejarlo todo para seguirle: los bienes y los defectos. Bartimeo era pobre pero para ir a Jesús se despojó de lo poco que tenía. Sin embargo, el Señor colmó su indigencia: en adelante no mendigaría pues iba a encontrar la Perla del Reino de Dios, el Tesoro oculto en el campo.

Jesús le preguntó a Bartimeo: "¿qué quieres que te haga?" Jesús es delicado y caballeroso siempre. El es el Señor y quiere servir, quiere convertirse en el siervo de los más humildes, de los más pobres, de los más débiles. El Señor sigue planteando a todos los hombres la misma pregunta que le hizo al ciego. Unos replican pidiendo riquezas, otros suplican los primeros lugares. Bartimeo empezó una vez más aclamando a Jesús como "Maestro" como "Señor", como si a través de sus ojos ensombrecidos viera al Salvador. Era cual si le dijese: Tú que eres el Mesías, el Hijo de David, el Maestro, el Señor, la luz, da claridad a mis ojos: "Haz que pueda ver".

Bartimeo era ciego, pero intuía que Jesús tenía el colirio de la compasión, del amor y del poder, y que con ese colirio podía curarle del mal.

El milagro de ver

Jesús tenía diferentes modos de curar. No estaba aprisionado por unas reglas o por unos procedimientos. Cerca de Betsaida había sanado a un ciego poniendo en sus ojos un poco de saliva, y luego orando por él con imposición de manos. Entonces el enfermo manifestó que se le aclaraba la vista de modo que veía a los hombres cual si fuesen árboles que caminaban. Volvió Jesús a imponer sus manos sobre el ciego, y éste recuperó por completo la visión. (Cf. Mc 8,22...) Este detalle es aleccionador en la oración por los enfermos. La curación se puede realizar por etapas, y la plegaria no se debe interrumpir cuando se obtenga un resultado parcial.

A otro ciego lo sanó Jesús en Jerusalén. Era un ciego de nacimiento que, como Bartimeo, mendigaba. Jesús lo encontró en un atrio del templo, le puso barro en los ojos, como aludiendo a la creación de Adán, y lo envió a bañarse a la piscina de Siloé. (Jn 9, 1-41) También este ciego reconoció a Jesús como Señor, a pesar de que por la luz recibida, le habían expulsado de la sinagoga. Pero Cristo lo recibió en la Iglesia. El enfermo se lavó el rostro, pero Jesús le limpió el corazón. El cambio, aún físico, fue tan grande que muchos decían: "No es el mismo, sino que se le parece". No era el mismo. Ahora era un hombre nuevo. Antes gemía y ahora estallaba de gozo. Los fariseos lo atacaban diciendo: ¿cómo puedes hablar bien de un hombre que cura enfermos en día sábado? Y el enfermo sólo podía reconocer que Jesús descansaba haciendo el bien, porque para El la vida era un sábado espiritual, una existencia en honor de Dios y de los hermanos. Ese ciego reconocía haber nacido en pecado, pero sabía que tras lavarse en Cristo era ya una nueva creación.

A Bartimeo Jesús le curó con su palabra. "Recobra la vista ", le dijo. Algo así como había dicho Dios, cuando el mundo era tinieblas: "Hágase la luz". Entonces los ojos

enfermos, como si fueran dos ánforas de cristal, se llenaron de claridad. Las imágenes se reflejaron en la retina y llegaron al cerebro.

Bartimeo abrió los ojos. Vio el rostro sonriente de Cristo. Vio muchas caras llenas de asombro o de incredulidad. Algunos le mostrarían un dedo y le dirían: "¿Cuántos ves?", pero él no estaba para preguntas tontas. El veía el cielo azul y los árboles verdes y la amarillenta arena del camino, y otra vez el rostro de Cristo que sonriendo le decía: "Tu fe te ha salvado".

Era la fe en el poder de Cristo. Era la fe en Jesús. Entonces comenzó a alabar a Dios. Le alababa por el sol y por las nubes, por las aves y por las flores, por la gente y por la tierra. Le alababa por sus ojos recién estrenados, porque había salido de la prisión oscura y había traspasado las puertas del día. Para Bartimeo todo era diáfano. Sus ojos veían al sol nacido de lo alto, a Jesús su sanador, como su corazón limpio había visto al Señor.

Entonces comenzó a caminar tras de Cristo, es decir, se hizo discípulo. Empezó a seguir tras las huellas del Maestro, y al hacerla, alababa y todos alababan con él.

Ese Bartimeo, hijo de Timeo, debía ser muy conocido en la comunidad cristiana de Jericó. Muchos le señalarían diciendo: ese hermano fue curado por Jesús, ese fue quien aclamó al Maestro aún sin verle ese se hizo discípulo en las afueras de la ciudad, y Bartimeo se acordaría para siempre del rostro inolvidable de Cristo que viera cuando abrió los ojos, y recordaría que Jesús vino para dar la vista a los ciegos para brillar sobre todos como la estrella matinal, (2Pe 1,19) como lucero radiante del alba. (Ap 22,16) y para ser la luz definitiva del mundo (Jn 8,12; 12,46)

## ZAQUEO

Un traidor y un ladrón

Cuando hay una multitudinaria reunión de carácter espiritual o una gran fiesta religiosa, la gente ansía tener un encuentro con Jesús. Pero ¿qué puede hacer una persona en medio de la muchedumbre? Es una gota de agua perdida en el océano, una piedrecita arrojada en el desierto, una rama en medio del bosque, una estrella sumergida en el espacio. Lo espléndido, sin embargo, es saber que en medio del gentío o en la más absoluta soledad, uno puede encontrarse personalmente con Jesús.

Eso le sucedió a Zaqueo en Jericó, ciudad de Palestina, oasis en el desierto de Judea, veraneadero para los ricos de Jerusalén, puerto interior del comercio de bálsamos y aromas provenientes de Arabia, y por esa causa llamada "la ciudad perfumada".

Por esa ciudad comercial y turística pasaba un día Jesús. La fama le precedía, pues por doquiera hacía el bien y enseñaba como no lo había hecho ningún hombre. Precisamente, cerca de las puertas de Jericó había sanado los ojos de un ciego y el suceso estaba en labios de todos. Por ello las calles estaban atestadas de curiosos que querían conocer al taumaturgo. Pero en la multitud había un hombre que no lograba obtener un buen lugar para poder mirar.

San Lucas, el único evangelista que describe el episodio, con pinceladas no desprovistas de humor, nos dice el nombre, la estatura, el oficio y la fortuna de nuestro personaje.

Zaqueo era su nombre. Los estudiosos de la lengua aramea opinan que la palabra "Zaqueo" significa "el justo", "el puro", Algunos emparentan esa voz con el nombre "Zacarías" que equivale a "Dios se ha acordado". En estas líneas veremos como Dios se acordó de Zaqueo y cómo hizo de él un hombre puro, un hombre justo. Zaqueo era muy rico. Esto puede causar la admiración de algunos. Pero a Zaqueo le ocasionaba la ira y el

desprecio de sus conciudadanos, porque Zaqueo era un recaudador de impuestos, un publicano, como llamaban los judíos a los cobradores de las contribuciones fiscales. Desempeñar tal oficio era cometer una doble falta: ser traidor a la patria, al colaborar con los romanos, pueblo opresor de Israel, y ser ladrón, pues los publicanos exigían más de lo debido con el fin de enriquecerse. Esas manchas eran doblemente oscuras en Zaqueo, pues él era jefe de publicanos. A él le tocaría organizar las oficinas de los impuestos, controlar la aduana y beneficiarse con "las comisiones", "las mordidas", "los serruchos".

Si grandes eran las riquezas de Zaqueo, su estatura era pequeña. San Lucas lo nota, como si quisiera dar a entender que ese aspecto personal hacía sufrir al publicano, o que su espíritu era más bajo que su tamaño, o que la gente se burlaba de él por ese defecto físico.

Zaqueo era, pues, objeto del odio, del temor y de los sarcasmos de los habitantes de Jericó. El odio como traidor, el temor como explotador y el sarcasmo como hombre defectuoso. Sin embargo ese hombre añadió a su codicia una nueva ambición; quiso ver a Jesús. Ese deseo de Zaqueo es causa de que hoy recordemos su testimonio y tratemos de imitar su ejemplo: él fue capaz de enajenar cuanto tenía por adquirir la Perla del Reino de Dios, él era pequeño pero adquirió una estatura que nos permite verle todavía, después de veinte siglos.

Ver a Jesús

Zaqueo quiso ver a Jesús y salió a la calle, pero encontró una barrera humana, a través de la cual nada podía ver. También las azoteas y las ventanas de las casas rebosaban de gente que le despreciaba, que le odiaba, que se burlaba de él. De nada valdría empinarse, ni pedir un "campito" o un permiso para pasar. Nadie querría colaborarle, ni siquiera desearían tolerarle cerca. Ellos estallan esperando desde hacía rato. Habían sido los primeros en llegar. Eran los "Santos".

Entonces Zaqueo se llenó de audacia. Impulsado por la gracia de Dios, empezó a correr, llegó hasta un árbol que los antiguos llamaban "sicómoro" o "higuera de Egipto" y allí como un muchacho que trepa a las ramas en busca de nidos, se subió.

Para subir al árbol el publicano debió arremangarse la túnica; Quizá dejó en el suelo la capa, y con ella su dignidad. Se despojó de la vanidad y se expuso al ridículo. La plebe, al divisar al publicano en el sicómoro, comenzaría a reír y a lanzarle sarcasmos: era como si el ministro de Hacienda o el gerente de un banco, trepase a un árbol para ver pasar a un visitante célebre.

Quizá lo que más le cuesta a un hombre sea afrontar la burla de los demás. Cualquiera soporta un ataque si no es un cobarde. Las críticas se repelen con respuestas amargas y los golpes, con violencia. Esa es la ley del talión. Pero las burlas dejan indefenso al atacado, crean un ambiente de guiños de ojos, de sonrisas maliciosas y de carcajadas que impiden defenderse. Quizá sólo causen rasguños pero de los que arden como inyección mal puesta, como picadura de chinche que levanta roncha y causa escozor.

Sin embargo, por ver a Jesús, Zaqueo desafió las burlas, se instaló en su palco de hojas verdes. A veces deseaba bajarse y huir, pero el deseo de ver a Cristo le mantenía ahí.

De pronto se levantó a lo lejos una polvareda. Un tropel se acercaba. Lentamente se fueron precisando las figuras de los caminantes, y se oyó el rumor de su conversación, eran Jesús y sus seguidores.

Entonces, nos dice el evangelio, Jesús alzó los ojos y vio al publicano. Zaqueo quería ver a Jesús, pero fue Jesús quien vio a Zaqueo. Le debió clavar la vista, le debió mirar con amor profundo, con una mirada que Zaqueo desconocía. El sólo había visto los ojos amargados de los envidiosos, los ojos maliciosos de los burlones, los ojos encolerizados de

la gente engañada, o los ojos altivos de quienes le despreciaban, pero ahora veía los ojos amorosos de Jesús, y también oyó que le decían: "Zaqueo, desciende aprisa, porque es necesario que me hospede hoy en tu casa".

Zaqueo se sintió llamado por su propio nombre, se sintió conocido por Jesús. Antes Jesús había curado a un ciego, ahora le iba a dar la luz al alma de un hombre que vivía en tinieblas. Por eso le dijo "desciende aprisa. ¿Quisiste verme? Tendrás que hospedarme. Yo voy curando enfermos y a ti también te voy a sanar".

Afán tenía Jesús de darle la salud a este hombre. El fruto estaba ya maduro. Bastaba que Cristo moviera las ramas para que se desprendiera. Por eso Zaqueo descendió con rapidez. Zaqueo era un hombre rápido para decidirse y rápido para actuar. Había corrido para subirse, y no podía ahora dilatarse en descender, pues Cristo no le estaba pidiendo una cita sino dándole una orden, y tenía que obedecer. Todo pasó en un momento. Quizá muchos no se dieron cuenta del suceso. Sólo una frase del Salvador y el árbol dio su fruto. En el Evangelio, los árboles dan frutos que son hombres; también las redes se llenan de peces que son hombres. Ese sicómoro había sido un mal árbol pues su fruto era un publicano ladrón, pero ante la voz de Cristo, comenzó a ser un árbol bueno, imagen de la Iglesia, que da frutos de conversión.

Jesús le dijo al publicano: "Zaqueo, desciende de prisa. Bájate de tu orgullo de ser jefe, bájate de tu avaricia, de ser rico, desciende de tu amargura, de tu odio, de tus complejos; no te quedes en las ramas, en las gradas en donde te has ido subiendo a lo largo de la vida. Hoy quiero ser tu huésped. No me has invitado con los labios pero sí con el corazón. La palabra no ha brotado de tu garganta, pero yo conozco todos tus deseos".

Hospedar a Cristo

Imaginémonos a Zaqueo corriendo, abriendo la puerta de su casa de par en par y llamando a gritos a su esposa para advertirle que debía preparar comida para Jesús y habitación para alojarle. Quizá la señora Zaquea le reconvendría: "Pero, ¿cómo se te ha ocurrido invitar gente a estas horas?" y el esposo replicaría: "No fui yo, fue El mismo quien se invitó y viene con sus apóstoles". Qué pensaría la esposa de Zaqueo, que conocía cuán avaro era su marido, y cómo odiaba y temía a los hombres. Debió juzgar que se estaba enloqueciendo.

Zaqueo estaba recorriendo un camino inesperado: se había convertido en el protagonista de un drama. Desde el palco de espectador Jesús lo había llevado al escenario, de las ramas a la casa, de la lejanía a la cercanía, y ahora lo llevaría de la avaricia al desprendimiento.

En la casa de Zaqueo todo era movimiento. La esposa ponía la mesa, tendía manteles, cubiertos de plata, vajilla fina. Los criados preparaban los manjares y servían vino. Pero afuera los habitantes de Jericó estaban enojados con Jesús porque les había dañado el programa, que podía ser más o menos el siguiente:

Hora de sexta: Llegada de Jesús y desfile por las principales avenidas de la ciudad.

Hora de nona: oración por los enfermos en la sinagoga.

Hora de décima: ¿Quién es mi prójimo? Explicación de la parábola sobre el herido y el buen samaritano.

Hora de duodécima: Banquete.

Al hombre le gustaba organizarle los viajes a Jesús, como si éste viniera a hacer turismo o a dictar conferencias. Al hombre le gusta obligar a Jesús a que acepte sus planes, olvidándose de que los caminos de Dios no son nuestros caminos. Pero Jesús no se deja

atrapar. El cambia el programa. En Jericó lo que hizo fue irse a casa de Zaqueo, el publicano, el pecador. Por eso la gente empezó a murmurar.

La gente solía criticar a Jesús. (Lc 5,30; 7,23.39; 15,2) Pero en medio de la murmuración decían una cosa cierta; "que a Jesús le gustaba comer con los pecadores". Tan real era esa acusación que precisamente para eso había venido Jesús al mundo: para hablar con los pecadores y perdonarlos, para buscar lo perdido y hallarlo, para visitar a los enfermos y sanarlos. La gente al juzgar a Jesús, juzgaba a Zaqueo. Ese era un pecador por el que nada se debía hacer, sino huir de él como de gente impura. La gente sólo veía el mal que Zaqueo había hecho, pero Jesús vio lo bueno que había realizado. Dicen que el amor es ciego. Eso es falso. Lo que sucede es que el amor ve demasiado bien. Ve lo bueno, aunque sea poco. Jesús miró a Zaqueo con amor, por eso se hospedó en la casa del pecador, entró allí sin condiciones. Contra el mal hay dos actitudes: el amor o las náuseas. El primero cura, las segundas agravan. Cristo optó por el amor.

Zaqueo recibió gozoso a Jesús. El, que se sabía publicano y pecador, indigno de Dios y de los hombres, debía ser el primer extrañado de la actitud de Cristo. Estaba convencido de sus culpas, estaba acostumbrado a los ataques, por eso no le extrañaban los rostros de los murmuradores disgustados que sin dejarlo descansar en su misma casa le estaban espiando; lo que no podía comprender era la bondad de Jesús.

Zaqueo legalmente era un hombre impuro, que no podía frecuentar la asamblea de los justos, ni adorar a Dios públicamente en el templo. Sólo podría hacerlo en privado, en su casa, de noche, calladamente. El debería pertenecer a la "adoración nocturna". Pero Jesús convirtió la casa del pecador en un santuario al hospedarse en ella, y no entró sólo en la casa de Zaqueo, sino también en su corazón.

Entonces el publicano se sintió extrañamente desasosegado. No por las críticas de los enemigos sino por la mirada de Jesús. Lo que no lograron los ataques lo iba a conseguir el amor. Zaqueo se sintió mal: veía los adornos de su casa, los mármoles y las cortinas, los jarrones y los mosaicos, y recordaba cuántos robos había hecho para comprar esas baratijas; miraba pasar a los criados con odres y bandejas, y se le venía a la mente como una idea fija, como una obsesión este pensamiento: "¿cuántos pobres habrán dejado de comer para que yo me permita estos lujos"?

Cada objeto que Zaqueo veía le recordaba un pasado deshonesto, cada pertenencia suya le hacía un callado reproche. Entonces comprendió que en la vida había preferido las cosas a los hombres y que se había equivocado, porque una persona vale más que todo el oro del mundo. Comprendió que las cosas deben pasar a un segundo lugar. Se le formó un torbellino en la cabeza. Era como si el mundo se deshiciera, y él estaba ahí, con los ojos abiertos, viéndole morir. Todo cambiaba de valor ante su mirada, y él adquiriría nuevos criterios, empezaba a mirar con los ojos del evangelio, con los ojos de Jesús.

El Testamento de Zaqueo

Entonces Zaqueo hizo testamento. Parecía loco. Testar en plena salud. Constituirse en albacea de sí mismo y entregarlo todo estando todavía vivo. Los hombres dejan sus bienes al morir. Creen comportarse generosamente cuando lo cierto es que nada se pueden llevar. Desnudos deben regresar a la tierra. Lo que no dejan se los quitan. Por eso Zaqueo, que siempre iba de prisa, apresuró los acontecimientos y repartió sus bienes. Se anticipó a testar, como si muriera. De veras murió; terminó su vida antigua y comenzó una vida nueva.

En una ocasión Jesús invitó a un rico a repartir los bienes entre los pobres y a seguirle. Ese rico rehusó la invitación de Jesús, a pesar de que era un buen judío, un estricto

observador de la ley. Pero ahora, otro rico, pecador de profesión, aceptó la llamada silenciosa de Cristo y dijo: "La mitad de mis bienes la doy a los pobres y dejo la otra mitad para resarcir en cuatro veces a cuantos haya defraudado". Así obró Zaqueo. Había sido un mal judío pero quiso ser un buen cristiano.

Esa fue una indemnización general. Como el publicano desconocía a cuántos y a quiénes había esquilado, resarció su mal en los pobres, pero conservó una cantidad suficiente para satisfacer las querellas que se le pudiesen presentar. Como era muy rico, debió ser mucho lo que repartió. Se comportó generosamente porque se sintió amado y perdonado.

La generosidad de Zaqueo superó las exigencias de la ley judía y de las tradiciones farisáicas. No usó una tabla estricta para reparar sus rapiñas sino que vació sus tesoros y se llenó de virtud. Antes había tenido llena la caja de caudales y vació el corazón. Ahora comprendió que de nada valía tener bienes y no ser bueno. Se había hecho humilde al trepar al árbol, se hizo hospitalario al acoger a Cristo y ahora se hacía pobre, justo y generoso.

A los engañados les devolvió lo que era de ellos y a los pobres distribuyó lo que era de él, pues comprendió que si no era justo, su generosidad de poco valía, y si no era generoso, en realidad no iba a repartir lo suyo, sino lo ajeno. Sus riquezas le parecieron basura, y comenzó a barrer la casa.

La avaricia sólo le había creado enemigos a Zaqueo, el desprendimiento le permitió encontrarse con Cristo, con los hombres y con Dios. Al hallar a Jesús lo encontró todo, porque Jesús es la puerta para ir hacia el Padre y hacia los hermanos. Zaqueo se quedó sin nada, pero se llenó de amigos: los pobres, Cristo, Dios.

Zaqueo repartió sus bienes, y al hacerlo se comportó como un negociante muy hábil: obtuvo la Perla del Reino, el tesoro escondido. Con razón dijo Jesús "Hoy ha llegado la salvación a esta casa". La casa de Zaqueo se convertía en templo, la cueva de ladrones se volvió santuario: allí estaban el Hijo de Dios, que venía a salvar y un hijo legítimo de Abraham, que de invitador resultaba invitado al banquete del Reino. Por eso lo más inapropiado era seguir murmurando. Lo único debido era callarse, descubrirse y adorar.

Hoy llega la salvación.

Ese episodio de Zaqueo sucedió "hoy". Dos veces repite Jesús esa palabra: "Hoy es necesario que me hospede en tu casa"; "Hoy ha venido la salvación a esta casa". Lc 19,5.9) Esa misma voz, que un salmo urge invitando a no endurecer los corazones si oímos su voz (Sal 95,7-8) la usa frecuentemente San Lucas para aludir a la presencia salvadora de Jesús.

"Hoy os ha nacido un Salvador". (2,11)

"Hoy se ha cumplido esta palabra". (4,21)

"Hoy estarás conmigo en el paraíso". (23,43)

y la carta a los Hebreos nos recuerda: "exhortaos los unos a los otros cada día, mientras se dice Hoy". (3,13; Cf. 3,7 y 4,7)

Hoy es el día en que salva Jesús, el día en que nos encontramos con El, el día en que podemos cantar: "este es el día que hizo el Señor"

Jesús viene a salvamos hoy. Hay que salir a verlo. No sólo quedándonos en las ventanas o en las aceras para verlo pasar, ni preparándole el programa para utilizar a Jesús en favor nuestro, ni quedándonos ansiosos pero tímidos en medio de la masa, sino bajándonos aprisa del árbol de nuestras seguridades y abriéndole de par en par las puertas del corazón.

Cuando El venga, no hay necesidad de hacerle muchas profesiones de fe ni muchas confesiones de culpa, se requiere ante todo querer servirle y cambiar de vida. No

acomplejarnos por los males que hemos hecho. El no nos ama porque somos buenos, sino que nosotros llegamos a ser buenos porque El nos ama.

Dicen algunas tradiciones, probablemente apócrifas, que Zaqueo llegó a ser a fines del primer siglo, obispo de Cesárea. De eso nada sabemos. Lo que sí podemos afirmar es que fue un discípulo de Jesús, como podemos serlo todos nosotros, cualesquiera hayan sido nuestros pecados, si acogiendo a Jesús en el corazón, morimos a nuestro hombre viejo, y empezamos una vida nueva no solo de palabra sino de obras y de verdad.

Hoy puede ser pata nosotros el día de la salvación.

## LAZARO

### La experiencia de la muerte

Cuando Jesús resucitó, los discípulos no daban crédito a lo que veían sus ojos ni a lo que escuchaban sus oídos. No habían comprendido que Cristo debía morir, para luego levantarse del sepulcro. Esa incredulidad era grave, pues el Señor había anunciado repetidamente su Pascua, y había realizado signos explícitos de su dominio sobre la muerte, al devolver la vida a varios difuntos.

Tres fueron las resurrecciones principales que efectuó Jesús: la de una niña, la de un joven y la de un adulto.

La niña reposaba todavía en el lecho, el joven era llevado camino del sepulcro y el hombre adulto descansaba en la tumba desde hacía cuatro días. A la primera sólo le cubrían las sábanas, al segundo la tapa del féretro y al tercero la loza sepulcral.

Pero en las tres ocasiones, la voz de Jesús traspasó las fronteras de la muerte, y quienes habían fallecido volvieron a vivir.

La niña era hija de un judío creyente, el joven era hijo de una madre viuda, y el hombre, hermano de Marta y de María, y amigo del Señor Jesús.

En las tres muertes se dio la tristeza de los mortales ante la muerte: las lágrimas de las pañideras, las de la madre viuda, las de las hermanas y las de Cristo mismo. La muerte siempre causa amargura y estupor. Es el fracaso de la vida, que se troncha como una flor cuando apenas lucen sus colores; es la derrota del cuerpo, la rotura de los lazos del amor; es el hundirse en la noche: en el silencio, como si oscureciese en pleno mediodía, e deslizarse hacia un precipicio sin poder detenerse, es emprender un viaje del que no se puede retomar.

Todos los hombres estamos destinados al sepulcro, hundirnos en la tierra y a convertimos en polvo menudo. Eso es trágico pero real.

Hablando de la muerte se expresó así el Concilio Vaticano II:

"El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo.

Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de mortalidad que en sí lleva por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad de hombre; la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano". (G.et.S. 18)

Cristo libró batalla victoriosa contra la muerte. Las primeras escaramuzas fueron la sanación de muchas enfermedades, que al debilitar a los cuerpos los prepara para morir. Luego fue la predicación acerca de la vida, la promesa del pan de vida y del agua viva. Después fueron las resurrecciones que ahora estamos recordando, y por fin el entregarse

confiadamente en las manos del Padre. Cuando un hombre se entrega al amor del Padre no cae en el abismo sino que entra en la gloria.

La niña

Quizá la oración más audaz de los evangelios es la que según San Mateo dijo Jairo, un magistrado, jefe de sinagoga, que se postró ante Jesús y dijo:

"Mi hija acaba de morir, pero ven, impón tu mano sobre ella y vivirá". (Mt 9,18)

Jesús aceptó la invitación, pero al entrar en casa del padre atribulado encontró a los flautistas y plañideras que lastimosamente lloraban a la niña muerta, cuya vida había durado apenas doce años.

Cuando Jesús habló, el llanto postizo se tomó en burlas y desconcierto. Según El, la niña no estaba muerta, sino sólo dormida. Porque los muertos sólo duermen cuando ante ellos llega quien los puede resucitar.

"Niña, levántate", fueron las palabras de Jesús y, ante el padre y la madre y ante los tres discípulos escogidos como testigos, ella se puso a andar, y le trajeron de comer.

El joven

En Naím, el suceso fue más espectacular. Cuando Jesús, acompañado de sus discípulos y de gran muchedumbre, llegaba a la aldea, salía de ella otro gentío, que iba hacia el cementerio. Eran dos cortejos: el de la vida y el de la muerte. Se encontraron, lucharon y el primero resultó vencedor.

El muerto era joven. Su madre viuda, y el hijo a quien iban a enterrar era el único que ella había tenido.

Jesús se compadeció de la mujer y la invitó a secar sus lágrimas, porque no hay que llorar a quien debe resucitar, y luego dirigiéndose a los que conducían el féretro cual si fuesen los cocheros de la muerte, les mandó detenerse. Ellos así lo hicieron.

Entonces se oyó la orden: "Joven, a ti te lo digo, levántate", y el muerto se incorporó y empezó a hablar.

Todo transcurrió con rapidez, porque más fácilmente despierta Cristo a un muerto que un hombre cualquiera otro que apenas se encuentra adormecido.

El hombre

Pero donde la gloria de Jesús brilló con todo su fulgor fue en la resurrección de Lázaro, el hermano de Marta y de María.

Como esos amigos de Jesús vivían en Betania, y allí recibían con frecuencia al Señor, el nombre de esa aldea lo han tomado muchas comunidades cristianas para decir que están siempre abiertas ante la visita del Señor: para recibir el regalo de la vida que El da.

Cuando supo la noticia de la enfermedad de Lázaro Jesús no pareció preocuparse. La enfermedad de su amigo -les dijo a sus discípulos serviría para manifestar la gloria de Dios y para que los hombres creyeran. (Jn 11,4.15)

Dos días después de recibido el anuncio decidió ir Betania. Lázaro había muerto ya, aunque Jesús decía que dormía. Como dijo ante la hija de Jairo, para él los muertos apenas duermen. Por eso los cristianos dan lugar de los sepulcros el nombre de "cementeros", pues esta es una palabra que en griego significa: "dormitorio" Ese fue un vocablo aprendido de labios de Jesús.

Al llegar Jesús a Betania encontró muchos judíos, que habían venido a consolar a Marta y a María. Un poco de consuelo es lo único que los hombres pueden dar ante la muerte de otro, sólo dicen palabras ineficaces: "Que la vida es dura y la muerte penosa". Eso cuando no guardan un silencio impotente, sin poder llenar el vacío de la ausencia. Cristo, por el contrario, no llega a brindar palabras.

El llega a resucitar, a provocar un acto de fe y a mostrar la gloria de Dios. Por eso cuando el Señor encontró a Marta habló de cosas profundas. Ella creía que Lázaro había de resucitar en el día final, y aunque proclamaba a Jesús como Señor, como Cristo y como Hijo de Dios que venía al mundo, sin embargo no imaginaba que en esa ocasión fuese a actuar con poder. Ella sería luego la que se opondría a que abrieran el sepulcro, a pesar de haber dicho: "Sé que cuanto pidas a Dios, El te lo concederá".

Jesús le reveló a Marta el sentido de su presencia y de lo que iba a realizar: "Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá y el que vive y cree en mí no morirá jamás". Estas palabras de Jesús sintetizan la fe de los cristianos. Cristo es la vida. Cristo es la resurrección. Cristo es el vencedor de la muerte. El es el único en quien definitivamente podemos creer.

Jesús comparte el dolor humano

Entonces Marta fue donde su hermana y le dijo: "El Maestro está ahí y te llama". Esa frase es capaz de apaciguar el corazón de cualquier discípulo. A pesar de la pena, el Maestro está cerca, para enjugar cualquier lágrima, para calmar cualquier amargura. Está cerca de quien sufre y le llama. Quiere que en el dolor el discípulo le busque y le siga. Fue lo que hizo María.

Al verla triste, Jesús lloró. En el capítulo 11 del evangelio de Juan, encontramos el versículo más corto de toda la Biblia. Dos palabras nada más: "Jesús lloró", Pero qué bellas. El Hijo Eterno quiso compartir la pena de los hombres. Era el Fuerte revestido de nuestra debilidad. Desde entonces las lágrimas se convirtieron en un prisma, a través del cual, se percibe la luz de la Resurrección. Lloró Jesús porque amaba y porque se sentía solidario de nuestras penas y de nuestras esperanzas.

El sepulcro en donde Lázaro yacía era una cueva cubierta con una piedra. En eso termina la vida de los hombres: en el seno de la tierra. La vida ha podido ser corta o larga pero llegados a ese puerto, todos somos iguales. Hacia allá se encaminan todas las barcas, y lo hacen con navegar incesante. Como escribía San Jerónimo:

"Cada día morimos, cada día cambiamos y sin embargo nos creemos eternos. Esto mismo que estoy dictando, lo que se escribe, lo que releo, lo que corrijo son pedazos de vida que se me quitan. Cuantos puntos traza mi pluma, tantas mermas sufre mi tiempo. Escribimos y contestamos, nuestras cartas atraviesan los mares, y al par que la quilla va cortando las olas, van disminuyendo los momentos de nuestra vida".

Pero Jesús quiere abrir a los hombres una puerta de esperanza. Por eso ordena que remuevan la loza a pesar de que el cadáver, tras cuatro días de sepultura se esté deshaciendo y de que las fuerzas de la tumba ya estén borrando las facciones del rostro.

Palabra que resucita

Entonces Jesús oró. Dio gracias al Padre por la victoria que le daba. Jesús siempre oraba antes de realizar sus obras, y lo hacía como si ya hubiese alcanzado la gracia deseada. Dio gracias a su Padre porque siempre lo escuchaba, porque los oídos paternos estaban atentos, como una antena, ante la súplica filial, y porque los milagros se volvían signos para la fe de sus discípulos.

Luego Jesús gritó, como si su voz debiese recorrer una distancia grande, surcando los abismos de la muerte y adentrándose en la tierra del sueño para despertar al dormido. "Lázaro, ven fuera!" fue el grito, y con él descorrió un velo para que nadie viera un cadáver sino la gloria de Dios. Esa es la voz de la vida: Te ordeno, te grito que salgas de la cueva, que salgas de la podredumbre, que retournes a la existencia.

Y Lázaro salió del sepulcro. Estaba atado de pies y manos con vendas, y el rostro lo tenía envuelto en un sudario. Pero lo desataron ante la orden de Cristo y le dejaron andar.

Esa resurrección de Lázaro fue el preludio de la muerte y de la resurrección de Cristo. El Sanedrín atemorizado decidió perder a quien así turbaba el silencio de las tumbas. Creían sus enemigos que si Jesús seguía obrando libremente vendrían los romanos y los matarían a todos. Planearon entonces sacrificar a uno para salvar al pueblo. Creían que podían matar la vida, y sólo consiguieron destruir la muerte, porque todavía hoy el "jefe de la vida, reina vivo", y desde entonces los cristianos podemos cantar: "Oh muerte, ¿en dónde está tu victoria? Oh abismo, ¿en dónde está tu aguijón?"

Hoy necesitamos todavía clamar a Cristo, para que venga y despierte a los que duermen. Para que resucite a todos los niños que no han visto nunca la luz porque fueron abortados culposamente por sus padres, a los niños que mueren de desnutrición y de hambre y de miseria, a los que se mueren de abandono... Que Cristo resucite a los jóvenes que ya van camino de la tumba, heridos por la droga, por el alcohol y por los abusos sexuales. A los jóvenes que nunca tuvieron educación ni posibilidades... Que Jesús resucite a los adultos, que como Lázaro han conocido la oscuridad de la pobreza, de la ignorancia y del pecado. A los adultos esclavizados por la civilización del consumo; a los que viven como muriendo en una dependencia total de los que tienen más, a los que no son libres sino que están apresados como por la loza de la tumba, a los que mueren de tortura, o los que fallecen porque se creen despreciados por los hombres u olvidados de Dios.

#### NICODEMO

"Pueblo Vencedor", que eso traduce "Nicodemo", fue el nombre de un judío, miembro del Sanedrín, magistrado y doctor de la ley.

Nicodemo era un escriba. Largos años había estudiado las Escrituras. De sus maestros había aprendido cuanto dijeron los profetas acerca del Mesías futuro, y los salmos y mensajes que alimentaban la esperanza de Israel.

Nicodemo pertenecía a la secta de los fariseos. Había estudiado las tradiciones de los antepasados, las leyes y las observaciones rituales, y procuraba vivirlas escrupulosamente.

Por eso precisamente Nicodemo estaba desconcertado. En Palestina había aparecido Jesús de Nazareth, un hombre que realizaba signos y prodigios como nadie los había hecho. Dios debía estar con él, aunque proviniera de Galilea, región de la que, con la excepción de Jonás, no había surgido ningún profeta. Además Jesús aparecía como Maestro, sin haber frecuentado las escuelas rabínicas, y actuaba como si para él no contaran las tradiciones relacionadas con el descanso sabático y con los ritos de purificación.

Quiso, pues, Nicodemo investigarlo todo personalmente y fue a dialogar con Jesús. La entrevista fue de noche. Parecía la hora más apropiada para realizarla: de noche los rabinos dedicaban sus vigiliás al estudio de la Ley; de noche se podía prolongar una plática sin las interrupciones de las gentes que acudían al nuevo Maestro en busca de enseñanza y de curación y, sobre todo, de noche las tinieblas cobijaban la ciudad y nadie se enteraría de que un escriba de Israel estaba visitando al Galileo.

La noche es también signo del pecado. En ella no se puede trabajar, (Jn 9,4) si en ella se camina hay peligro de tropezar y caer; (Jn 11,10) en la noche se hundió Judas cuando quería vender a Jesucristo. (Jn 13,30)

La oscuridad de la noche es también signo de la que cubre la mente del hombre, aunque haya estudiado todas las Escrituras, si Jesús está ausente.

Durante la noche Nicodemo buscó el día. Pero no lo halló en el primer esfuerzo. Su caminar hacia la luz fue lento. Sólo la iba a alcanzar el Viernes Santo, cuando sobre la faz de la tierra se derramaran las tinieblas.

Pero esa noche, a la luz de una lámpara de aceite, mientras el viento, del que no se sabe de dónde viene o a dónde va, refrescaba el ambiente, tuvieron Nicodemo y Jesús la bella entrevista que narra el evangelio de Juan 3,1-11.

El caso de Nicodemo no fue inusitado. En otra ocasión uno de los jefes del pueblo llegó también hasta Jesús para preguntarle cómo entrar en el Reino de los Cielos, (Lc 18,18) también lo hizo Jairo, jefe de sinagoga, para implorar la sanación de su hijita, (Mt 9,18) y también otro de los sanedritas llamado José, que vivía en Arimatea.

El diálogo de Jesús con Nicodemo fue oscuro. El escriba no entendía bien lo que Jesús decía. Eran temas profundos, trascendentes. (Jn 3,12) A cada inquietud el fariseo recibía una respuesta que lo superaba. Eran unas respuestas tajantes: "Yo te aseguro". "En verdad te digo", oyó que le decía Jesús por tres veces. Nicodemo era maestro de Israel, pero no vislumbraba todavía las puertas del Reino, para ver el Reino hay que nacer de nuevo, y Nicodemo nunca había oído hablar de la novedosa doctrina del segundo nacimiento. Su espíritu estaba todavía en tinieblas, porque todavía era carne. Había nacido en un pueblo que, aunque leía con avidez la Palabra de Dios, no la entendía porque tenía los ojos como cubiertos por un velo.

Nacer de Nuevo

A Nicodemo Jesús le habló de que debía renacer

¿Nacer de nuevo? Eso era demasiado complicado para un escriba.

Los rabinos no habían enseñado nada al respecto. Sólo habían hablado del nacer para morir y no del nacer para vivir definitivamente. Sólo habían hablado de los padres que engendran para la muerte y no de quienes lo hacen para la inmortalidad.

Nosotros sabemos que "hay dos nacimientos, pero Nicodemo sólo tenía noticia de uno. Uno es el de la tierra, otro del cielo; uno de la carne, otro del espíritu; uno de mortalidad, otro de eternidad; uno de hombre y mujer, otro de Cristo y de la Iglesia. Los dos son únicos, ni uno ni otro se pueden repetir". (San Agustín)

Nacer y renacer. Nacer de la carne; o sea de padres humanos, y nacer del agua y del Espíritu. Eso era demasiado para el escriba Nicodemo, que, cargado con los principios de la teología rabínica, sabía repetir razones, pero encontraba dificultad para elevar oraciones y para matricularse en la escuela de Jesús.

El era maestro, según la ley, pero ahora entreveía que su ciencia no le había proporcionado la experiencia de Dios, que debía volver a comenzar, hacerse de nuevo discípulo. Esto le parecía tan difícil como si un adulto tuviese que empequeñecer, retornar al claustro materno, y recomenzar luego la vida, naciendo en un mundo diferente.

Renacer no es posible. Ningún biólogo lo puede aceptar. Un hombre ya nacido, aunque sea un niño recién venido al mundo, no puede renacer. Nicodemo lo sabía, apoyado en las ciencias, en la experiencia y en la ley.

Pero Jesús no pensaba así. El vino para darnos una Vida Nueva. Vino a enseñar a sus discípulos, representados esa noche en Nicodemo el fariseo, que Dios no engendra hijos para la tumba sino para la eternidad. Hijos nacidos del agua y del Espíritu, como quien dice, de la Vida y de la Fuerza de Dios, de la Cascada y del Huracán.

Renacer es la condición para ver el Reino de Dios. El que no renace no puede reconocerlo. Para ello hay que nacer dos veces: nacer y renacer.

Si uno ve la luz en Sudamérica y, luego de emigrar a Estados Unidos, desea nacionalizarse allí, tiene que cumplir determinados requisitos, llenar unos formularios y esperar el documento que lo acredite como ciudadano estadounidense. Sin embargo a pesar de todos los papeles y títulos, seguirá siendo un latino por su lengua, su carácter, su historia.

Cuando un niño es adoptado por un hombre se finge también una situación. Así se lo reciba con mucho cariño en la nueva casa, se le dé un apellido nuevo y se le nombre heredero de todos los bienes, no es realmente hijo. Con frecuencia se le oculta la verdad de su situación para no traumatizarlo.

Con Dios no pasa eso. El nos adopta, (Rm 8,23) pero no con ficción legal ni con documentos notariales, sino haciéndonos partícipes de su naturaleza divina. (2Ped 1,4) El nos invita a su Reino, no como extranjeros naturalizados sino como ciudadanos. (Ef 2,19)

Nacidos de lo alto

En el idioma griego de los evangelios, la misma palabra significa "de nuevo" y "de arriba". "Nacer de nuevo" es lo mismo que "Nacer de arriba". Para renacer es necesario recibir una gracia de lo alto, el don del Espíritu Santo.

Cuando Dios creó a Adán, sopló en la nariz del primer hombre y le infundió la vida. Adán comenzó a respirar. El aire entró en los pulmones y empezó a salir de ellos. A ese aire que entra al pecho del hombre y sale de él, aludimos con las palabras respirar, aspirar, inspirar, expirar, suspirar, provenientes de la voz latina "spiritus", que traduce viento, aire.

Refiriéndose a ese viento vital habló Jesús de "nacer del Espíritu". Es un nuevo nacimiento, una vida nueva, una segunda creación. Para vivir esta existencia se requirió que Jesús le entregara su Espíritu a la Iglesia (Jn 19,30) y que soplara sobre sus discípulos un aliento de vida. (Jn 20,22) Si un hombre tiene el Espíritu tiene la vida nueva; si no lo tiene, no tiene la vida. Está muerto espiritualmente.

Un test para saber si un hombre agonizante todavía alienta es acercarse a sus labios un espejo. Si éste se empaña es porque el aire, aunque sea de modo casi imperceptible, brota todavía de los pulmones; si el espejo permanece limpio es porque el hombre ya murió. Hay muchos cristianos que parecen muertos. No revelan ninguna manifestación del Espíritu. Sin embargo lo recibieron en el bautismo, pero lo han cubierto con tantas preocupaciones, inquietudes y distracciones que hay que cavar hondo, para hallarlo. Es como los pozos de gas. Cuando la perforación alcanza el depósito de gas, éste brota con fuerza. Así pasa con muchos cristianos: hay que hacerles respiración artificial; hasta que descubran el Espíritu recibido. Entonces viven una existencia nueva, y hablan palabras de vida.

El hombre que vive una vida nueva recibe la Palabra de Dios, (Jn 1,12; Santo 1,18) acoge la semilla de Dios en su corazón; conoce y ama al Padre del cielo, (1Jn 3,9; 4,7) cree en Jesucristo, (1Jn 5,1) ama a los hombres como hermanos, (1Jn 3,10) vence al mundo, al demonio y al pecado. (1Jn 5,4-18)

Esa es la obra del Espíritu Santo en el hombre: dar vida nueva. (Gal 4,5; Ti, 3,5; 1Pe 1,23) Cuando sucede es Pentecostés en cada corazón.

Una defensa frustrada

Sólo en parte captó Nicodemo el mensaje de la vida nueva, y lo aceptó sólo ocultamente, por miedo a los judíos. Creía que el Galileo era un maestro venido de parte de Dios, pero no que fuera el Único Maestro, el Señor de la nueva vida.

Eso mismo sucedía a muchos judíos que no confesaban en público su fe por temor a ser expulsados de la sinagoga y porque preferían la honra que dan los hombres a la honra que da Dios. (Jn 12,42)

Sin embargo, en una oportunidad, cuando las dificultades arreciaban, Nicodemo quiso defender a Jesús. Fue en un grupo de fariseos, irritados porque hasta los alguaciles del templo decían que ningún hombre hablaba como Jesús. Los fariseos pensaban que a Jesús sólo lo seguía la plebe, desconocedora de la Ley, la "maldita gente de la tierra". (Jn 7,46-50)

Entonces Nicodemo se atrevió a recordar que la ley judía prohibía juzgar a un hombre sin antes haberlo escuchado, y saber qué hacía.

Nicodemo supo ese día que la mejor ley puede servir en manos injustas, para atacar al adversario, para vengarse del contrincante, para matar al enemigo. Entonces el culpable se convierte en juez, y el inocente en reo. Así en nombre de la ley se tortura y en nombre de la paz se amordaza.

A Nicodemo como respuesta, le dijeron que escrutar la ley y conocería que en Galilea no brotaban profetas. Esa respuesta no tenía nada que ver con su petición de justicia y además era tremendamente discriminatoria. Era como si los profetas fuesen plantas que sólo se producían en los huertos de Jerusalén. Por discriminar así el judaísmo se quedó sin el cristianismo, construido con pescadores galileos.

Todavía los hombres de hoy, al igual que los miembros del Sanedrín, seguimos discriminando. Lo hacemos por la raza, por el idioma, por el dinero o por la clase social. Olvidamos que la piel de Dios es de todos los colores, como dice la canción; que la voz de Dios se adapta a todas las gargantas, y que la presencia de Dios llega a todos los hombres, hasta a los más humildes, hasta a los esclavos porque El "a los pobres los llena de bienes y a lo humildes los enaltece". (Lc 1,52-53)

El Rey de la vida

Los argumentos de Nicodemo no hallaron eco. Las autoridades judías decidieron matar la vida. (Jn 11,53) Jesús hubo de subir al Calvario y allí ser glorificado como Rey de los Judíos, y vestirse con la púrpura de su sangre.

Como un rey hubo Jesús de ser enterrado, en un sepulcro nuevo, tallado en piedra, mientras en su honor se gastaban 30 kilos de aromas, mirra y áloe, que embalsamaban el ambiente. Esos aromas los llevó precisamente Nicodemo quien, con José de Arimatea, envolvió el cuerpo del Señor y lo llevó a la tumba.

Los aromas servían para disimular el hedor de un cuerpo en descomposición. (Jn 11,39) Los sepultureros de Cristo no creían que estaban enterrando al hombre nuevo, al Primogénito de los muertos, que al tercer día habría de resucitar. No lo sabían, pero de hecho lo que hicieron fue perfumar los vestidos del rey y prepararlos para el día de la boda con la Iglesia. (Sal 45,8; Prov 7,17)

Jesús se había entregado por los hombres como ofrenda y sacrificio de olor agradable. (Ef 5,2) Cuando el sepulcro se abrió, al amanecer del tercer día, el aroma espiritual de Jesucristo invadió el mundo. Era como un huerto lleno de azahares que impregnan el ambiente, o como el aroma de nardo precioso, derramado por María a los pies de Jesús, que invadió toda la casa. (Jn 12,1-8)

Algo de eso debió percibir Nicodemo, cuando camino de la tumba llevaba el cuerpo de Cristo. Las tinieblas cubrían la faz de la tierra, (Lc 23,44-45) era la hora del poder de las tinieblas, pero en el corazón de Nicodemo brillaba una luz.

Allí, como en el templo de Jerusalén, se rasgó el velo, y el viejo escriba empezó a comprender el misterio del morir y del nacer. (2Cor 3,14-16)

Ya no le importaba lo que pensarán los demás sanedritas. El aroma de la vida, que exhalaba el Cuerpo de Jesús, lo curó del respeto humano y lo llenó de ánimo. Esa actitud de

Nicodemo fue para Dios y para los discípulos como agradable olor de incienso, (2Cor 2,15) quemado en honor del Señor de la vida.

Al sepultar a Jesús, Nicodemo triunfaba del miedo y de la noche, y merecía en verdad su nombre de "Vencedor"

### **EL DISCÍPULO AMADO**

El cuarto evangelio resume amor. Es como un panal de miel pura. Basta acercarse a sus páginas para gustar su dulzor. En ellas se siente de modo especial el amor de Padre que ama hasta entregar al Hijo amado para que el mundo se salve, de manera especial, se respira una misteriosa presencia del Espíritu Santo, que es un Espíritu de amor.

El discípulo de Jesús según el cuarto evangelio, es alguien amado por el Hijo amado, con una especial predilección. Seis menciones se hacen de ese discípulo en el evangelio. Aparecen todas ellas cuando se acercaba la hora de que Cristo pasara al Padre, cuando la actividad de Jesús alcanzaba la cima de su compromiso y de su entrega; en los momentos de su gloria y de su mayor amor.

Reclinado en Jesucristo

Fue durante la última cena. En el salón espacioso se había preparado la comida pascual para Jesús y los discípulos. Alrededor de la mesa, recostados sobre el brazo izquierdo y reclinados en esteras o almohadones a la manera romana implantada en Palestina, estaban los comensales. En el triclinio central estaría Jesús y a su derecha el discípulo amado. Ya había pasado el lavatorio de los pies y todos estaban limpios, menos el hijo de la perdición que era oscuridad y era noche. Fue cuando el Señor dijo: "Uno de vosotros me traicionará".

Los discípulos quedaron anonadados. Entonces Pedro, deseoso de averiguar de quién se trataba, hizo señas al discípulo amado, que se recostó en el pecho del Maestro y pudo así conocer el nombre del traidor. (Jn 13,23-25)

El gesto del discípulo fue una manifestación de amor, de confianza plena.

Esa actitud no se la permite sino a alguien que ama y que se siente amado.

Ese discípulo pudo escuchar cómo palpitaba el corazón de Cristo, pudo conocer sus secretos, ser su confidente. Él sabía que Jesús le tenía confianza y que le daría a conocer su misterio. Se recostó en el pecho de Cristo para beber allí la caridad como en su propia fuente, para libar los secretos de los misterios en el pecho del Señor.

Discípulo amado de Jesús es todo aquel que se siente identificado con los sentimientos de Cristo que acepta dejarse conformar por su amor, que conoce la cercanía de Jesús, que se adentra en su intimidad, que se hunde en el corazón del Señor, santuario de la sabiduría; un discípulo que se enfervoriza con el fuego de su amor, que se familiariza con sus arcanos designios y que puede decir: Te amo, Jesús amabilísimo; te amo, bondad infinita, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas y quiero amarre siempre, más y más y más.

La relación del discípulo amado con el Maestro se parece a la de éste con su Padre. El Verbo estaba también en el seno del Padre, (Jn 1,18) conocía sus secretos, se sentía plenamente unido a El, lo amaba entrañablemente, (Jn 14,20) quería que su unión con el Padre fuera modelo para los discípulos. (Jn 21-23) La relación de intimidad y de la plena identificación.

Fiel hasta la muerte

Aprehendido Jesús, lo llevan a la casa de Anás, a donde de le siguen Pedro y "otros discípulos". Pero mientras Pedro se queda a la puerta, el otro discípulo entra con Jesús. (Cf. Jn 18,15-16)

Para hacerlo debe desafiar el peligro de ser apresado condenado a morir junto con el Maestro, pero no teme.

Se mueve libremente, de nadie se esconde aunque hasta el sumo sacerdote conoce que él es un discípulo. Por eso, entra, sale, invita a Pedro, habla con la portera.

El sabe que su Maestro es el Buen Pastor capaz de da la vida por salvar el rebaño. Intuye que la parábola del Pastor, enfrentado con el lobo, va a dejar de ser bella enseñanza para convertirse en realidad, pues ha llegado el momento de que muera uno para reunir con su sangre todos los hijos de Dios que andan dispersos.

El Pastor ha entrado en el atrio del sumo sacerdote parecido al atrio del templo en donde se inmolaban las ovejas de los sacrificios. El discípulo, como cordero que conoce la voz de su dueño le ha seguido. También ahora como en la parábola, hay un portero que controla la entrada. (Cf. Jn 2,14-15; 10,3; 10-44)

El discípulo sabe que aún en la batalla su Pastor lo protege. Eso mismo lo sabe todo discípulo amado por Jesús.

En la interminable audiencia que desde hace siglos se adelanta contra Cristo, un discípulo amado es capaz de comportarse libremente, de no huir, de presentar la faz. El se sabe ya salvado de la muerte definitiva y del mundo, y del odio, y del lobo y de la noche por la sangre de Jesús. El sabe que el Señor es un Pastor y que aunque marche por valle de tinieblas ningún mal debe temer.

#### **La Madre del discípulo**

Es muy bella y muy trágica la escena de la muerte de Jesús. Muchos artistas han querido representar la montaña del Calvario que recorta su silueta contra el firmamento oscuro. Sobre ella como un árbol desprovisto de follaje pero cargado de fruto, emerge la Cruz.

Allí, de pie, está María, y a su lado el discípulo amado por Jesús. Ellos dos, con algunas mujeres, fueron los testigos del amor en esa hora de gloria. Fue cuando, sin que le quebrantaran los huesos, se inmoló el definitivo Cordero Pascual; cuando el cuerpo de Cristo se quebró como pomo de perfume, y el aroma del Espíritu llenó la casa de la Iglesia; cuando el Maestro dio, desde la Cátedra de la Cruz la última lección de confianza en el Padre y de perdón para los hombres.

El texto evangélico dice que Jesús vio a "la Madre", y que le dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Esa fue la segunda anunciación a María. El papel que Cristo asignó entonces a la Virgen que lo había engendrado alcanzó entonces una dimensión insospechada. María se constituyó así en la Madre del Hombre Nuevo, en la Madre Universal del pueblo nuevo, en la Madre de la Iglesia. (Jn 19,26-27)

Esa Madre era la Nueva Eva, la verdadera Madre de todos los vivientes. (Gen. 3,20) Esa Madre era la Mujer que en unas bodas, cuando la hora de Cristo aún no había llegado, obtuvo que el agua de las purificaciones se convirtiera en vino. Ahora, cuando el reloj de Dios marcaba el momento preciso que partía en dos la historia del mundo, esa Madre acogía el mundo nuevo que empezaba a nacer. Si ese momento era doloroso, como un parto, la resurrección sería feliz, como un nacimiento. (Cf. Jn 16,21)

"He ahí el Cordero de Dios., "He ahí un verdadero israelita", "he ahí al Hombre", "He ahí a vuestro Rey" "He ahí a tu hijo", "He allí a tu Madre". Son frases de evangelio de Juan

que entrañan una revelación. La revelación de Cristo, la revelación de la Madre, la revelación del Discípulo.

Desde entonces María acogió al discípulo amado para que no quedare huérfano de Jesús, desde entonces también el discípulo acogió a la Madre.

Acoger a María es acoger a Jesucristo. Así lo hizo José, cuando la acogió después de la encarnación del Verbo. Acoger a María es acoger a la Iglesia, pues aquella es el tipo de ésta. Acoger a María es recibirla entre los bienes que Jesús lega antes de morir: Su mandamiento del amor, el sacramento de su cuerpo y de su sangre, la efusión de su Espíritu, el don de la Madre.

Teniendo al mismo Padre del cielo, y a la misma Madre espiritual en la tierra, los discípulos son hermanos entre sí. Con razón, después de resucitar, el Señor Jesús les dará a los discípulos por primera vez el nombre de "hermanos". (Jn 19,30)

Con ese legado concluyó Jesús su obra, y alcanzó el extremo de su amor. Todo estaba consumado. Ahora podía morir. (Jn 19,30)

Todavía hoy el discípulo amado de Jesús es el que acoge a María en su casa y en su corazón, el que recibe de Jesús el regalo grande de tener por Madre a la misma mujer en cuyas entrañas se plasmó el cuerpo inmolado en la cruz.

Correr y Creer

María Magdalena anunció una noticia extraña; El sepulcro de Cristo estaba vacío. ¿Se habrían robado acaso el cuerpo del Señor?

Los evangelistas hablan mucho del sepulcro. Su visión es triste, desesperanzada. Allá, tras la piedra, parecían enterradas las ilusiones para siempre. Ellos habían aguardado que Jesús se manifestara como el libertador de Israel, pero todo había pasado ya, y los sueños se estaban desvaneciendo.

El pastor había sido herido y las ovejas debían comenzar a dispersarse: unos partirían para Galilea, otros viajarían a Emaús. Sólo esperaban que alborease el primer día de la semana para emprender la marcha y finalizar así una aventura de tres años. Ese día sería el de la dispersión.

Pero el anuncio de María Magdalena dañó todos los planes. Había que investigar lo sucedido. Curioso eso de que alguien quisiera robar un cadáver.

Pedro, con los ojos llorosos todavía por el recuerdo de su negación, salió corriendo y también corrió, a cerciorarse del suceso el discípulo que Jesús amaba. (Jn 20,2-9) Ambos corrían, pero éste superó en la carrera a aquel. No fueron la juventud o el vigor los que permitieron que el discípulo amado ganara el "sprint" final, era el amor de Cristo que le atraía como un imán.

No le movían al discípulo amado sus piernas, sino su corazón, y éste no corre con los pies sino con el afecto. Por eso llegó primero. Sin embargo, ya frente a la roca donde se había excavado el sepulcro nuevo, esperó a Pedro. Sólo cuando éste llegó y entró, lo hizo también el otro discípulo.

Allí estaban las vendas plegadas y el sudario. Parecía un lecho nupcial. Pero el esposo había huido, y la esposa lo buscaba con gemidos.

El discípulo vio y creyó. Al creer vio más. Fue un velo lo que cayó de sus ojos. A pesar de su amor no había comprendido el misterio de la Pascua. Pero ahora veía. En su mente resonaban las palabras del Maestro "No te digo que si creyeres, verás la gloria de Dios?"

El creía. Sabía con certeza que el Pastor había vencido al lobo, que la sinagoga le cedía el campo a la Iglesia, que la muerte se estaba esfumando ante la vida.

También hoy el discípulo amaño corre tras el Señor y lo busca. Sale gritando. ¿En dónde te escondiste, amado? Parece un sabueso en busca de la presa. Recuerda las palabras de otro discípulo amado: "Encontrar a Dios es buscarlo sin cesar, ver a Dios es no estar nunca harto de desearle. El es el eternamente buscado y muchas veces, al final de la carrera, aunque aparentemente sólo halle unas vendas dobladas, cree con fe segura que su Señor está cerca, que su Señor está vivo.

El Señor

Entonces apareció un hombre en la playa. Los noventa metros que lo separaban de la barca; y la claridad difusa de la madrugada impedían identificarlo.

Ese hombre preguntó: "Muchachos, tenéis pescados. "Nada hemos cogido" replicaron ellos. "Echad la red la derecha y encontraréis", dijo El. Ellos obedecieron. ¿Por qué obraron así? ¿Por qué siguieron las indicaciones de un hombre extraño que tomaba la iniciativa de orientarlos en su brega? No podrían decirlo, lo único que sabían era la dificultad de halar la red, grávida con 153 peces grandes.

Entonces al discípulo amado se le abrieron los ojos. Cuando vio la abundante cosecha de pescados, comprendió que era Jesús quien así los bendecía. Sus oídos, como un caracol marino, recogieron los ecos de la voz d amado, y exclamó: Es el Señor. (Jn 21,7)

El amor hace descubrir al amado por doquiera, el amor es perspicaz, agudiza los sentidos, descubre las huellas, interpreta la presencia, hace palpitar el corazón.

Reconocer al Señor no se logra sino cuando el amor del Espíritu Santo se ha derramado en los corazones. (Cf. Rm 5,5; 1Cor 12,3) El es quien ayuda a las ovejas a distinguir la voz del Pastor y a seguirlo.

Es fácil distinguir entre los que se consideran discípulos de Jesús, cuáles están de veras llenos del amor del Señor.

Son los que descubren la presencia de Jesús en los pobres, en la palabra revelada, en el pan eucarístico, en los pastores de la Iglesia, en los acontecimientos de la vida.

Hay gente que sólo habla de leyes naturales, de casualidades, de organización, de inteligencia, energía y actividad de los líderes. No hay para qué engañarse: si la pesca es fecunda, es Jesús quien llena las redes; si el rebaño camina, es Jesús quien encabeza la marcha, si el árbol da frutos es Jesús quien fecunda las raíces.

El discípulo inmortal

Por su amistad con el discípulo amado, Pedro había aprendido a amar, a dejarse amar y a dejarse perdonar por Jesús. Por eso, allá en la orilla, y por tres veces, le dijo al Señor resucitado, que él lo amaba más que los otros.

El discípulo amado estaba allí, como testigo de esa confesión, siguiendo a Jesús. Porque esa es una de las características del discípulo amado, seguir a Jesús siempre, de cerca, dondequiera que vaya.

Pedro preguntó "y, ¿de éste qué?", ansioso de conocer lo que sería el futuro de ese amigo, y Jesús dio una respuesta enigmática, que según el genio de la lengua griega, podríamos traducir diciendo: "Si quiero que permanezca mientras yo sigo viniendo, a ti qué? Tú sígueme". (Jn 21,20-23)

El Señor Jesús está permanentemente viniendo, desde la mañana de la resurrección hasta el final de los tiempos, y el discípulo amado está siempre a la espera, al encuentro de su Señor.

Entre este discípulo y Jesús se da un misterio de amor que el evangelista no está interesado en detallar, como si quisiera que cada nuevo discípulo lo experimente, lo sienta,

lo viva; que cada nuevo discípulo siga de cerca al Maestro y comprenda lo que es sentirse amado hasta el extremo.

El discípulo amado permanecerá siempre, hasta que el Señor vuelva. A Pedro le tocará guiar el rebaño, le tocará ir al martirio ya viejo, cuando le lleven a donde no quiera ir, y le extiendan las manos y le ciñan, pero al discípulo amado le tocará la inmortalidad a la espera de Jesús, le corresponderá, prolongando su espíritu en todos los discípulos amados que vendrán luego, ser "contemporáneo de todas las generaciones, silencioso como el amor, eterno como la esperanza".

Por eso aunque el primer discípulo amado sí murió y el cuarto evangelio se encarga de rectificar el rumor que en sentido contrario se difundía entre los cristianos, en la Iglesia brota una multitud de discípulos amados; los que van presurosos al encuentro del Señor, los que se recuestan en el corazón de Cristo, los que acogen a María como Madre, los que iluminados por el Espíritu descubren en la oscuridad del mundo la luminosa presencia del Señor.

## TOMAS

### El discípulo

Tomás fue uno de los doce amigos que eligió Jesús para que compartiesen con él la vida y para que, como testigos de la resurrección, fuesen por todo el mundo, con la fuerza del Espíritu Santo, a sanar enfermos, a expulsar demonios, a enseñar cuanto El había ordenado, y a bautizar en su Nombre.

Tomás siguió a Jesús, caminó con El, compartió sus trabajos y sus alegrías. Era Tomás un discípulo espontáneo, rudo en sus juicios y expresiones, y sobre todo tremendamente incrédulo, pesimista y discutidor, pero a la vez generoso y decidido. Era una mezcla rara de valor y de temor, de aventura y desconfianza.

Un día en que Cristo, a pesar de las asechanzas de sus enemigos, optó por viajar a Judea, Tomás exclamó: "Vamos y muramos con El". (Jn 11,16) Tomás amaba a Jesús y quería compartir su suerte, pero no entrevió el alcance de las palabras que decía. Sin darse cuenta, trazó el programa que ha de seguir todo discípulo: "morir con Cristo, rara resucitar con El". (Rm 6,8)

En otra ocasión, cuando antes de pasar al Padre, cenaba Jesús por última vez con los apóstoles, Tomás expresó una inquietud que le taladraba la mente: "¿Sí no sabemos a dónde vas, cómo podremos saber el camino?" Ese duro interrogante le permitió a Cristo dar una bellísima respuesta: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí". (Jn 14,5-6)

Alguna vez un joven me contaba que había encontrado las rutas del evangelio cuando un compañero suyo le había dicho que Jesús era el camino, la verdad y la vida. Ese joven había transitado por los senderos de la droga, del sexo y la desilusión. Pero ese día se le iluminó la existencia, sus estudios adquirieron sentido, ese día supo por qué sendas transitar.

Como ese joven, todos los cristianos debemos agradecerle a Tomás, que le haya hecho esa pregunta a Jesús. A todos nos ha confortado la respuesta del Señor.

A Tomás le inquietaban la muerte y la vida. Pensaba que la aventura de Jesús podía terminar en la humillación de un patíbulo o en la restauración mesiánica de Israel. Entendía el camino hacia la muerte pero ignoraba el plan de Dios hacia la vida, desconocía el misterio de la resurrección.

El nombre arameo de Tomás lo tradujeron al griego por la palabra "Dídimo" y al español por la voz "Mellizo". Ese término más que un nombre parece un apodo. ¿De quién sería mellizo el apóstol? ¿De otro discípulo? En una obra reciente se anota que posiblemente Tomás era un discípulo ideal que en su físico y en sus actitudes debía parecerse a Jesús, y que para indicarlo, sus compañeros lo apodaron con ese nombre.

De todos modos, esa es la vocación de todo discípulo: Asemejarse a Jesús, identificarse con El, ser como su hermano gemelo, parecersele en el rostro y en el corazón, tener sus sentimientos (Fil 2.5; 3,10), reproducir su imagen, (Rm 8,29; 2Cor 3,18) exclamar como Pablo: "mi vivir es Cristo", "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí". (Fil 1,21; Gal 2.20) "Me horrorizo por lo desemejante que le soy; me enardezco por cuanto le soy semejante", decía San Agustín.

No creeré

Tomás, el mellizo, amó a Cristo, sufrió con la muerte de Jesús, se desconcertó con ella de modo que le pareció que todo terminaba con la sepultura del Maestro. A los tres días permanecía todavía sumido en la amargura, separado de sus compañeros. Ese fue su gran error, pues cualquier creyente, que se aísla de los hermanos, corre el peligro de no encontrar a Cristo. Eso lo dijo San Bernardo:

"Te engañas, Tomás, si esperas ver al Señor separándote del colegio de los Apóstoles. La verdad no resplandece en los rincones ni en las separaciones, sino en el centro, en la vida común, en la obediencia común, y en los gustos comunes".

Por separarse de sus condiscípulos, Tomás se expuso a caer en la infidelidad. No recibió el Espíritu Santo el día de Pascua. Por eso le fue difícil creer en la resurrección. Porque para creer en Jesús hay que tener la luz del Espíritu y la comunión con la Iglesia.

Cuando los Apóstoles le compartieron la experiencia que habían tenido con Jesús resucitado, Tomás rehusó creer. "Hemos visto al Señor", le decían, pero él, escéptico y desconfiado no aceptó ese testimonio y se recluyó en su bastión de incertidumbre: "no es suficiente que lo oiga, no me basta que lo vea, tendría que palparlo. Me sería necesario tocar su carne, sentir con mis dedos sus heridas, hundir mis manos en su costado".

Tomás fue incrédulo, no por pedir pruebas sino por cerrar el corazón ante el testimonio de sus hermanos, que ya era una prueba suficiente, Se creyó con derecho de imponer condiciones. Así somos todos nosotros. La duda de Tomás es la nuestra, nuestra incredulidad es muy prudente y nuestra prudencia muy incrédula. Queremos que nos consideren sensatos, cuando apenas somos cobardes, sordos y ciegos ante la verdad.

Para los apóstoles, evangelizar a Tomás fue una experiencia frustrante. Ellos, que habrían de predicar por todo el mundo, empezaron comprobando que uno de sus hermanos se negaba a creerles. "Deberían convencer al Universo -dice San Agustín -y no podían con un sólo hombre, porque para Tomás no había amanecido el día que hizo el Señor, y las tinieblas estaban en el abismo de su corazón".

Por eso Tomás dijo: "Si no tocare con mis dedos las heridas, y no metiere mis manos en el hueco que dejó la lanza, no creeré".

Las llagas de Cristo

La prueba exigida por Tomás era grande, porque grande era su duda. Pero Jesús aceptó el desafío. En efecto, ocho días después, cuando todos los apóstoles estaban congregados, apareció de nuevo Jesús entre ellos, y llamando a Tomás le dijo: "Ven y toca, trae tu mano y palpa", Entonces el Apóstol que había venido, oído y dudado, vio, palpó y creyó.

Feliz la duda de Tomás. Su incredulidad nos aprovechó más que la fe de los discípulos. Tocó las llagas del Maestro y sanó las llagas de nuestra desconfianza. Tocó las heridas de Jesús y reconoció al Señor resucitado; palpó la carne y vio al Verbo, miró al hombre y conoció a Dios. Antes de palpar dudó para que nosotros creyéramos al escuchar lo que hizo. Vio lo que no quería creer. Trabajo para nosotros. Sus dedos nos dieron la medida de los clavos y de la lanza. Por sus manos nos llegaron la fe y la salud.

Jesús quiso conservar llagado su cuerpo, taladrados los miembros y roto el costado. Los claveles rojos de las heridas serían el signo perenne de su amor por los hombres, la sangre que de ellas brotara sería el vino que sanaría muchos corazones. El costado abierto recordaría que así como del pecho de Adán, dormido en el paraíso, se había formado el cuerpo de Eva, así también del corazón del Nuevo Adán, dormido en la cruz, se formaba el cuerpo de su esposa, la Iglesia.

Las heridas de Jesús son los surtidores por donde manan a borbotones la sangre y el agua del amor y de la gracia. Ahora brillan como estrellas, relucen cual condecoraciones merecidas por el valor en la batalla.

Desde que Tomás las descubrió muchos cristianos le suplican a Jesús: "dentro de tus llagas escóndeme". Que ellas sean como las hoquedades de la roca en donde las tórtolas se ocultan cuando las persigue el gavilán, como las cavidades de la peña, que es Cristo.

Al contemplar esas llagas, que no se han de cerrar nunca, porque por ellas llega la salvación a la Iglesia, comprendemos los cristianos el amor de quien nos amó hasta el extremo, y deseamos no palparlas con duda, sino besarlas con amor. Esas llagas fueron medicina para nosotros. Ellas son nuestras intercesoras ante el Padre.

El Apóstol se adelantó para tocar a Cristo. Acercarse a Cristo es comulgar con El. Una mujer había tocado e vestido de Jesús, otra le había bañado los pies, otra había ungido la cabeza, un discípulo se había recostado en su pecho, ahora Tomás se adentraba en sus heridas. Tomás es el símbolo de la comunidad creyente, que ama a Jesús, que se adentra hasta llegar a su corazón amoroso y que desea saciarse bebiendo las aguas que brotan de fuente de la salvación.

Mi Señor y mi Dios

Fue entonces cuando el apóstol exclamó: "Señor mío y Dios mío". En cinco palabras condensó la más bella, la más breve, la más explícita confesión de fe de todo el Nuevo Testamento. El más espléndido minicredo de la comunidad apostólica. Un grito salido del corazón que era a la vez aclamación, fe, confianza y amor.

Tomás tocó con las manos y vio con el corazón. Fue como cuando un ciego palpa con las yemas de los dedos e intuye la realidad de las cosas. Así Tomás tocó al hombre y vio a Dios. El podía decir como el salmista: "Al Señor busqué en el día de mi angustia, alcé hacia Ella manos". (Sal 76,2-3)

Esa es la aventura de la fe. Ver sin ver y tener la seguridad de lo que se espera. Aventura del corazón y no de la vista ni de los brazos. Quien solo acepta las sensaciones de los sentidos, nunca vivirá de la fe. Si todo hubiera que palparlo nuestros conocimientos serían limitados y terminaríamos dudando de nuestras manos; si todo hubiera que verlo no conoceríamos gran cosa aunque trabajásemos con los microscopios o los telescopios más potentes.

Sin embargo a los discípulos del Señor nos ha gustado confiar más en nuestros sentidos que en la palabra revelada. El incrédulo no solo ha sido Tomás. Fueron los doce quienes, a pesar de ver, dudaron; (Mt 28,17) por ser duros de corazón, no dieron crédito a

los primeros testigos (Mc 16,14) pues cuanto oían les parecía locura, (Lc 24,11) y no creían aunque Jesús les invitaba a palpar sus maños y sus pies. (Lc 24,37-41)

Tampoco nosotros somos dóciles en la fe. Esta virtud permanece en nosotros más pequeña que semilla de mostaza. Si la dejásemos crecer obraríamos cosas mayores que las que hizo el mismo Jesús, y mereceríamos ser llamados por el Maestro con la última de sus bienaventuranzas: "Felices los que creen sin haber visto".

Tomás no tuvo esa felicidad, pero se llenó de gozo al creer en Cristo, al dejar de ser infiel, y quiso ir por el mundo proclamando la alegría de los corazones que creen aunque los ojos no ven. El ya sabía adónde iba Cristo, sabía cuál era el camino y conocía qué significaba morir y resucitar con Jesús.

Solía entonces repetir: "lo que pienso y lo que puedo decir de tu hermosura, Jesús, no lo sé o más bien no soy capaz de expresarlo".

Eso lo leemos en un libro escrito en Edesa de Siria, si comenzar el siglo III, en donde dice que Tomás fue a la India a predicar el evangelio, y que allí fue martirizado, en la ciudad de Calamina. La Iglesia celebra el recuerdo de su nombre el 21 de diciembre. Pensando en él, recordamos las palabras de la Escritura:

"Jesucristo es aquel a quien amáis sin haberle visto y en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso". (1Pe 1,8)

## SIMON PEDRO

Hacia el año 67 de nuestra era un espectáculo inusitado divertía a la plebe de Roma. Muchos hombres morían en medio del escenario público. "Unos, cubiertos de pieles de animales, desgarrados por los dientes de los perros; otros, clavados en cruces, quemados al caer el día, a modo de luminarias nocturnas", narra el historiador Tácito.

En esos días, precisamente, quebrantados los huesos, azotado, herido y crucificado con la cabeza hacia abajo, moría Simón Pedro, el jefe de los cristianos. Su mirada estaba turbia a causa de la posición del cuerpo, pero en su mente se atropellaba un desfile de imágenes.

La primera llamada. Nítidamente recordaba Simón el día en que Jesús le cambió su nombre por el de Pedro. Fue cuando se encontraron los dos por primera vez. Jesús se había quedado mirándolo con mirar profundo y le había dicho que en adelante sería como una roca, para el servicio de Dios y de la Iglesia. (Jn 1,41-42) Una roca él, Simón, que se sentía pequeño como una arenita del mar, como un guijarro del camino.

Otro día Jesús le había vuelto a llamar "piedra". Fue en Cesárea, junto a las fuentes del Jordán. Jesús preguntó: "¿Vosotros quién decís que soy yo?", y Simón, sin saber por qué, se apresuró a responderle: "Tú eres Cristo, el enviado de Dios Vivo".

Todos quedaron extrañados de esa respuesta. El también. No sabía por qué se había expresado así. Era como si su mente se hubiese iluminado de pronto, como si Dios le hubiese dado una palabra profética, una palabra de ciencia. El mismo Jesús lo llamó bienaventurado, y le dijo que ese mensaje no era de la carne ni de la sangre sino del Padre que vive en el cielo, y añadió que sobre Simón, como sobre una roca, se edificaría la casa de la Iglesia.

"Bienaventurado eres, Simón Bar Jona, Simón hijo de Jonás", le había dicho Jesús. La palabra aramea "Jona", que designaba al padre de Simón, significa "paloma". Cuando Simón habló con carisma de ciencia, para decir quién era Jesús, se hizo "realmente un bar Jona" un hijo de la Paloma, un nacido por la gracia del Espíritu Santo.

Pero ahora Simón Pedro estaba jadeando, crucificado. Ya casi ni podía respirar. Se sentía pesado como una piedra que se hunde en el fango, parecía una roca enorme que estuvieran colocando en el cimiento de una inmensa construcción. Sus ojos enrojecidos parecían advertir un espejismo: en esa colina vaticana, donde estaba muriendo, se levantaba un templo, en donde se veneraba su tumba y se honraba su recuerdo. Ese templo, el mayor del mundo, era como un signo de la Iglesia que deseaba construir Jesús.

Pero más bello, que el edificio de mármoles que creía ver, sería el templo vivo que Dios estaba construyendo. En la base de la construcción estaba Cristo, la piedra fundamental; luego Simón, la roca escogida por Jesús para afirmar la edificación de su Iglesia; en seguida venían los apóstoles y los profetas, convertidos en cimientos del nuevo edificio, y tras ellos, todos los hombres parecidos a Cristo, los cristianos, piedras vivas extraídas de la cantera inagotable de la humanidad. (1Cor 3,1; Ef. 2,20; 1Ped 2,4-8)

Cada hombre, como "una piedra negra cabe la Piedra blanca", diría Teresa de Ávila. Piedras grandes y bellas, piedras pequeñas y humildes, todas ocupaban su lugar preciso en la construcción eclesial, "labradas y pulida por el buen cincel del artista divino", como dice un himno litúrgico.

Para formar parte de esa Iglesia había que confesar Jesús como Hijo de Dios, había que creer en él. Pedro creía en Jesús. Toda su vida había creído en Jesús, aun en la noche triste en que había negado conocerle. Jesús también había creído en Pedro, y había orado para que no desfalleciera en la fe, y para que los demás discípulos se pudieran apoyar en su compañero, como si lo hicieran sobre una roca firme, y para que contra él se hicieran añicos quienes atacaran a Cristo y a la Iglesia.

Pedro creía que Jesús tenía palabras de Vida Eterna y que nunca ningún maestro podría superarlo. Pero él sólo creía en Jesús, lo amaba. Por eso un día le dijo frente al lago, con total sinceridad, como entregando el corazón: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo".

Con esas palabras, tres veces repetidas, Simón lavó la triple negación; con la dulzura del amor borró la amargura de la traición. Por eso Pedro es piedra, cimiento de la Iglesia, porque la Iglesia es la congregación de todos aquellos, que, como él, creen en Jesús firmemente y le aman de corazón.

La segunda llamada. ¡Cómo le dolían las manos a Simón Pedro! Los cordeles que le ataban a la cruz parecían cortarles los tendones, y se le hundían en la carne hasta llegarle a los huesos. Ese dolor era cruel como el de un puñal que le hendiera los músculos. Y además sentía los calambres más agudos que nunca había tenido. Ahora recordaba los calambres que sintió una noche cuando lanzaba la red al agua, repetida e inútilmente.

Fue cuando Jesús le dijo: Boga mar adentro. Lanza la red a tu derecha. Simón obedeció y las redes se llenaron con tantos peces que la barca colmada amenazaba hundirse.

Pedro recordaba que se había arrodillado y que había gritado: "Señor, apártate de mí que soy un pecador". ¿Por qué había dicho eso? Hubiera más bien debido decir: "Señor, acércate a mí y perdóname; ¡acércate y ayúdame!".

¡Qué bella era la vida en el lago! Levantarse antes de la aurora, y subir en la barca y remar, y lanzar las redes, y recoger los peces, y regresar a casa. Pero Jesús le dijo que debía trabajar pescando hombres, y que lo siguiera. Como le había cambiado el nombre, también ahora le cambiaba el oficio.

Esa fue la segunda llamada que le hizo Jesús. La llamada al discipulado. (Lc 5,11) Entonces Simón Pedro había dejado cuanto tenía: las redes, la barca, la casa. Se había

hecho discípulo. Había seguido a Jesús por doquiera. Lo había servido en todo. Una vez por estar junto al Maestro hasta se había atrevido a caminar sobre el agua. Lo que nunca hubiera hecho ni soñando, se atrevió a realizarlo creyendo, cuando Jesús le dijo: ¡"Ven"!

Fue una inmensa audacia, porque Jesús es poderoso. Recordaba su miedo, y cómo estuvo a punto de ahogarse; se hundió al dudar pero se salvó al invocar. El brazo fuerte de Jesús fue su salvación. Ese fue su bautismo. Salvado del agua por Jesús, por invocar su nombre.

A tantos había salvado Jesús. A tantos había sanado ante los ojos entusiasmados de Simón: la hijita de Jairo el criado del centurión de Cafarnaúm, Lázaro el de Betania, Bartimeo el de Jericó, el muchacho de Naím, María Magdalena, el samaritano leproso... Bastaba invocar el nombre de Jesús y los hombres se sanaban, como se curó el cojo de Jerusalén, como en Jope, cuando resucitó la señora Tabita, o como en Lida donde Eneas, el paralítico recuperó el movimiento tras treinta y ocho años de invalidez.

Salvación y salud era lo que se obraba en el nombre del Señor Jesús. El nombre que está sobre todo nombre. El nombre ante el cual se deberá doblar toda rodilla, el único nombre dado a los hombres en el cual podemos ser salvos.

La vida toda de Jesús había sido salvar y sanar. Precisamente el nombre de Jesús significa salvación. Jesús había afirmado que sobre él reposaba el Espíritu de Dios, quien lo enviaba a predicar la Buena Nueva a los pobres, a sanar a los de corazón quebrantado, a liberar a los oprimidos y a dar luz a los ciegos.

Simón sabía que ser discípulo de Jesús no sólo era acompañar al Maestro, servirle en todo y ser su colaborador, sino continuar en el mundo la misión salvadora de Jesús con la asistencia carismática del Espíritu Santo.

Por eso Pedro había querido proclamar con la voz y con los hechos cuanto había oído de Jesús y cuanto le había visto obrar. Para ello había lanzado las redes de la Palabra tierra adentro, mundo adentro y se le habían llenado de hombres: los nuevos discípulos, los de todos los siglos.

La vida parecía como un mar agitado, y la Iglesia fundada sobre Pedro, parecía una barca, a veces llena de peces, a veces tan zarandeada por la tempestad que amenazaba hundirse. Pero ahí estaba Jesús, que no le permitiría zozobrar. El calmaría los huracanes como lo hizo en el lago, cuando se quedó dormido. Al hablar Jesús era tal la calma de las olas, que desde la barca, el Maestro podía evangelizar a los hombres agolpados en la orilla.

Pero ahora Pedro estaba hundiéndose en la muerte. Le parecía que la tempestad se había desencadenado, y que él estaba despojado de todo, con las manos vacías y atadas, navegando hacia el abismo. Sin embargo, Jesús estaba con él, y también ahora le habría de salvar.

La cabeza de Simón Pedro parecía estallar. Los pies estaban ya dislocados por el peso del cuerpo. Pronto vendrían los soldados a quebrarle los huesos si antes no moría por asfixia. Cómo le dolían esos pies. Los pies que un día había lavado Cristo.

Todavía se turbaba al recordar la escena. ¿Quién no se asombraría si viera al Hijo de Dios en actitud de lavarle los pies? Pedro había rehusado. Pero cuando Cristo manda no vale ninguna razón.

Los pies de Simón se habían llenado de polvo al recorrer los caminos del mundo. Para eso lo había llamado Jesús: Para ser mensajero, para ser apóstol, para ser predicador del evangelio. (Lc 6,12; Mt 10,1-2 Mc 3,13-19) Esa fue la tercera llamada: La vocación al apostolado. Jesús había estado orando en un monte, y luego lo llamó a él con otros once y le repitió su sobrenombre de "Pedro" y le dio poder de sanar enfermedades y de vencer

demonios. Pedro había caminado por todas partes: de Jerusalén había ido a Samaría; había caminado por toda Judea, había llegado hasta Antioquía, y ahora estaba en Roma, la capital del Imperio.

Para recorrer tantos caminos, había tenido que cambiar su miedo en audacia, su cobardía en valor. Esa había sido la obra del Espíritu Santo en su corazón.

Ahora recordaba que fue desde Pentecostés. El estaba en el Aposento Alto, con María la Madre de Jesús, y con otros 120 testigos de la Resurrección del Señor.

Estaban unánimes en oración y ruego.

De pronto sintieron un huracán, como un estruendo; y la casa se llenó de luz. Le pareció que el corazón se le quemaba, como si del cielo estuvieran lloviendo brasas encendidas y comenzó con sus compañeros la más bella alabanza a Dios que nunca hubieran pronunciado sus labios. Luego tuvo necesidad de salir a las calles a hablar de Jesús vivo. Ese día como tres mil judíos fueron bautizados. Al otro día lo llevaron a la cárcel por hablar de Jesús. Fue cuando curó al parálítico en nombre del Nazareno, y cuando exclamó que no existe bajo el cielo nadie en quien podamos ser salvos, sino Jesús. Entonces le ordenaron que no hablara más de Cristo, pero él era un apóstol y no podía callar. Le pusieron preso más tarde pero un ángel lo liberó, luego le volvieron a prender y le azotaron, pero él seguía predicando; entonces el Rey Herodes lo hizo capturar para matarlo, pero de nuevo milagrosamente quedó libre.

Así comenzó su peregrinar. Vio morir a Esteban, su ayudante en el servicio de repartir limosnas, y a Santiago con quien acompañaba a Jesús cuando este se transfiguró en el monte, y también cuando se abatió hasta sudar sangre en el Jardín de los Olivos.

Ahora le tocaba a Simón el turno de morir. Era en Roma. El nunca hubiera creído tener trato con los romanos. Solamente la presencia de éstos ofendía a los judíos. Era algo que los manchaba, era como alimentarse con carne de animales impuros. Pero Dios le manifestó que la muerte de Jesús era por todos los hombres y que la Iglesia cristiana había de formarse con todos los pueblos, y que no podía llamar inmundo lo que Dios había santificado.

Impulsado por el Espíritu Santo, Pedro había ido a casa del centurión Cornelio, y cuando todavía dudaba si dar o no a los gentiles la gracia del bautismo, el Espíritu Santo se derramó sobre ellos. Fue como en Pentecostés con gozo, profecía y oración en lenguas.

Qué oración misteriosa esa de las lenguas. La había aprendido el día de Pentecostés. Al orar así con los demás apóstoles despertó la atención del pueblo judío, y luego el pueblo gentil entraba en la Iglesia con una alabanza igual. Era como si orar en lenguas fuese una llave para la evangelización.

Simón era apóstol. Era el jefe de los apóstoles. Era "la boca de los apóstoles", "el iluminado supremo de la Iglesia". Había querido ser el primero, por eso estaba ahí sufriendo como el último. El nunca hubiera querido morir. Un día hasta se atrevió a decirle a Jesús que no se comprometiera en un camino de entrega y de sacrificio.

¡Entonces Jesús le llamó "Satanás! Cómo le había dolido esa palabra y esa humillación delante de los discípulos. Pedro no había tenido mala intención. El no quería que Cristo muriese. Eso era todo. Pero Jesús quería morir por Pedro y por los hombres. Jesús estaba decidido a dar la vida voluntariamente, y para ello apartaba de su camino cualquier obstáculo. Jesús era el Maestro y los discípulos no debían seducirlo ni tratar de indicarle otras rutas diferentes a las escogidas por Dios.

Ahora en medio del circo de Nerón, estaba Pedro muriendo por Jesús. El camino de su vida estaba culminando. Sus pies quebrados y atados no podían continuar la marcha.

Pero ya estaba pisando las gradas de la gloria. Se estaba asfixiando, pero el aliento del Espíritu de Pentecostés le daba fuerzas para resistir hasta el fin.

La cuarta llamada. Ya Pedro iba a morir. Su agonía estaba terminando. Agonía significa lucha. Pedro iba a ser coronado vencedor. Extraño triunfo el de los cristianos que vencen cuando los derrotan y viven cuando los matan, y poseen cuando los despojan, y suben cuando descienden. Por eso en el siglo II hablaban del sepulcro de Pedro, como de un trofeo.

Simón Pedro oía, entre los gritos de la muchedumbre, a Jesús que le decía: "Cuando seas viejo, te llevarán a donde no quieras ir, y tendrás que extender las manos... No importa si tu amigo Juan se queda vivo hasta que yo vuelva... Tú, sígueme". Era la cuarta vez que Jesús lo había llamado. Era la llamada al martirio. Ahora le parecía escucharla de nuevo. (Jn 21,15-19)

Por seguir a Jesús estaba allí, muriendo poco a poco, con la sangre en la cabeza, el cuerpo adolorido, los ojos brotados, y el corazón que se le partía. Estaba allí muriendo por amor a Jesucristo.

¿Cómo podía ser eso? ¿Se acordaría de su diálogo con la criada de Caifás? Esa noche estuvieron a punto de prenderlo, pero escapó del peligro y de la gloria. Le habían dicho que si conocía a Jesús, y él negó a quien amaba. Tuvo miedo de morir y renegó de quien le hacía vivir.

Jesús se lo había predicho. Como certero médico Jesús le había hecho un diagnóstico, le había anunciado que lo encontraba enfermo de cobardía e ingratitud. Simón no había creído. ¡Tan enfermo estaba! Por el contrario afirmó que estaba dispuesto a morir por Jesús si fuese necesario. Hasta espada llevaría por lo que pudiese suceder. Pero a pesar de los alardes del enfermo ocurrió como había anunciado el médico.

Entonces cantó un gallo. En los oídos de Pedro resonaba todavía la voz del animal. Pedro comenzó a llorar. Negando a Cristo había muerto, llorándolo resucitaba. Morir es negar la vida. Pedro negó la vida y murió. Pero los ojos de Cristo se posaron en sus despojos, y Pedro sintió la llamada a levantarse, a comenzar una vida nueva. Esa vida del cuerpo y del espíritu que ahora en la cruz estaba definitivamente ofreciendo a Dios.

Más le dolía a Simón la culpa de antaño que el dolor que ahora soportaba. Esa experiencia le había servido para ser humilde, para no confiar en sí mismo, sino para apoyarse en Dios, para comprender a sus hermanos que también podían caer. Más le aprovechó a Pedro llorar que presumir, más le sirvió pedir perdón que ufanarse de su fortaleza.

Un día le dijeron, ya perdonado su error, que había de pastorear ovejas y carneros. Pastorear con el cayado de la cruz, dando el alimento de la fe y entregando como testimonio su propio cuerpo.

Para desempeñar su nuevo oficio, Pedro necesitó llenarse del Espíritu de Jesús. Ese Espíritu plasma mártires. Jesús lo había dicho a los apóstoles: "que le serían testigos cuando hubiesen recibido la Promesa de lo alto, el don del Espíritu Santo". Pedro lo había deseado, lo había suplicado alzando hacia los cielos las manos y el corazón. Y lo había recibido. Desde la experiencia del aposento alto, su vida se había convertido en un incesante Pentecostés. El había sido de veras Simón Bar Jona, el hijo de la Paloma.

Por eso estaba Pedro allí, en la cruz, con la cabeza hacia abajo. Estaba escribiendo desde Roma, desde el circo de Nerón, hacia el año 67, con la roja sangre de sus venas, su última carta a la Iglesia: la del amor definitivo por su Señor Jesús.

Pero Pedro no moriría nunca. Su espíritu permanecería pastoreando la Iglesia. Desde la sede eterna de Roma sigue proclamando a Jesucristo, pues cualquiera que sea el Papa que pastoree a los cristianos, es Pedro quien vive en él.

¡Alabado Sea Jesucristo!